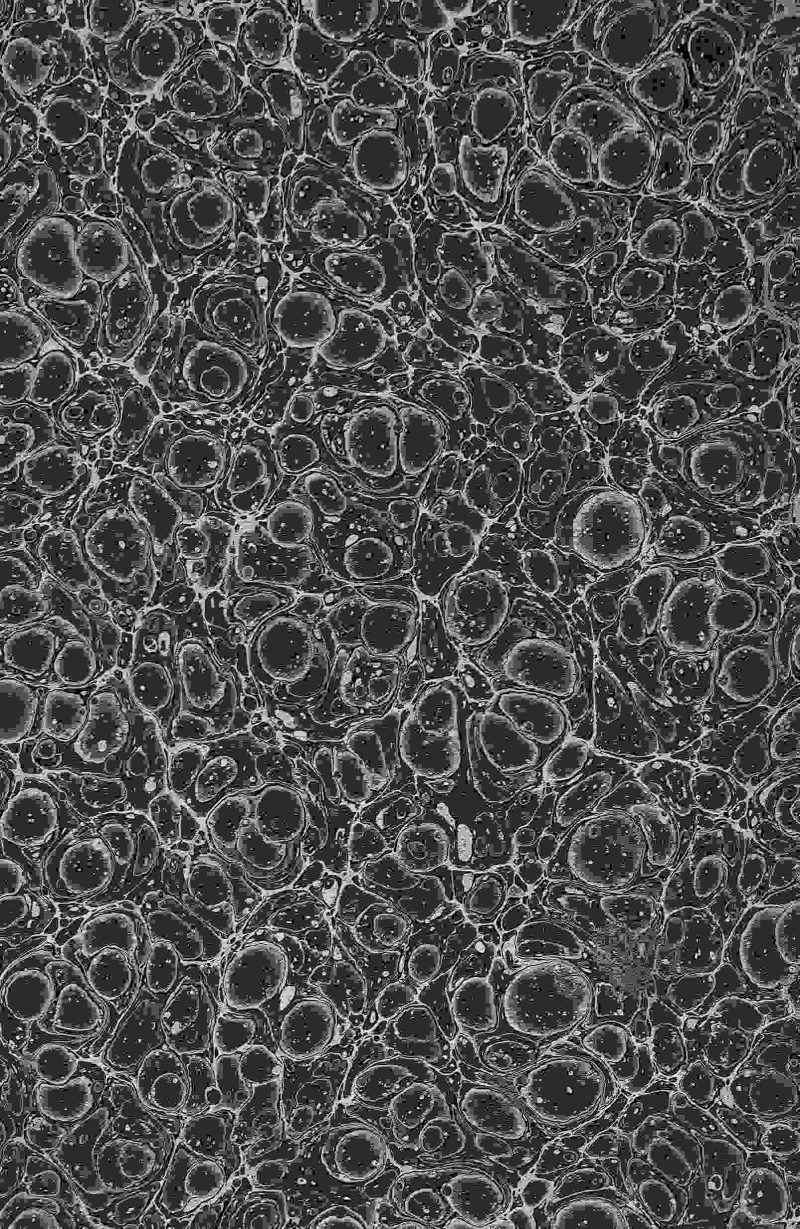


2

1178







ISABEL LA CATÓLICA.

A mi siempre querido amigo
Eduardo,

Amor



J. R. Rubí

ISABEL LA CATÓLICA

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES PARTES Y SEIS CUADROS

de

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.



N.º 40.

MADRID, 1849. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.

CALLE DE CERVANTES, N.º 34.

RECEIVED IN 1902

LIBRARY

FOR THE PRESIDENT OF THE UNITED STATES

THE PRESIDENT OF THE UNITED STATES

WASHINGTON

1902

THE PRESIDENT OF THE UNITED STATES
WASHINGTON
1902

1902

THE PRESIDENT OF THE UNITED STATES - IMPRINTED BY THE GOVERNMENT

WASHINGTON: GOVERNMENT PRINTING OFFICE

Á S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

SEÑORA :

Cuando en la Cámara Real y en presencia de V. M., de su augusta familia y del gobierno del Estado, tuve la alta honra de leer la presente composicion dramática, V. M. siempre dispuesta á favorecer las letras españolas, se dignó autorizarme para que colocara su claro nombre al frente de esta obra, mas afortunada, ciertamente, que libre de imperfecciones.

V. M. enaltece de este modo á la obra y á su autor, y presenta un nuevo testimonio de la consideracion que la merecen los trabajos literarios... ¡rasgo fecundo, que impulsará á escritores de mayor ciencia á ofrecerla producciones de su ingenio, mas que esta dignas de su Real atencion y de sus favores! En ella

solo me he propuesto rendir el respetuoso homenaje de mi admiracion á la esclarecida REINA CATÓLICA, reuniendo en el breve espacio de una composicion teatral, los principales hechos de su gran reinado: V. M. lo ha comprendido así, y ha tenido á bien acoger mi pensamiento, como digna sucesora del nombre y de las glorias de la egregia Señora, que en medio del choque de las armas y las convulsiones políticas de su época, tendió una mano protectora A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BUENAS LETRAS Y A LOS ASILOS DE CARIDAD.

¡Que el cielo conceda á V. M. un reinado tan glorioso y feliz como ardientemente deseo!

SEÑORA.

A L. R. P. DE V. M.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.^a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlasy.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

PERSONAJES.

ACTORES.

LA REINA,	DOÑA MATILDE DIEZ.
DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA.	DOÑA JOSEFA PALMA.
PIMENTEL <i>paje</i> , 9 años.	DOÑA JOSEFA NORIEGA.
UNA VIVANDERA.	DOÑA MICAELA DURAN.
GONZALO DE CORDOBA.	DON JULIAN ROMEA.
COLON.	DON JOSE CALVO.
EL REY.	DON PEDRO N. SOBRADO.
EL CARDENAL.	DON ANTONIO PIZARROSO.
DON ANDRES DE CABRERA.	DON PEDRO MAFFEI.
ZAPATA.	DON ANTONIO ALVERA.
GRICIO.	DON JUAN TORROBA.
BOABDIL.	DON BENITO PARDIÑAS.
PAREDES.	DON MANUEL SOTOMAYOR.
FARFAN.	DON FRANCISCO RAMO.
BERNALDEZ.	DON N. N.
GIMEN.	DON N. N.
COBARRUBIAS.	DON JUAN FABIANI.
UN SEGOVIANO.	DON JOSE DIEZ.
UN JUDIO.	DON P. M.
SOLDADO 1. ^o	DON J. D.
2. ^o	DON J. F.
3. ^o	DON JOSE ALISEDO.
4. ^o	DON J. T.
5. ^o	DON CIPRIANO MARTINEZ.

Caballeros.—Damas.—Pajes.—Reyes de armas.—Heraldos.—Segovianos.—Vivanderas.—Mercaderes.—Judios.—Marineros.—Moros y Soldados.



La propiedad de este drama pertenece al CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PRIMERA PARTE.

SEGOVIA. — 1475.

PRINCE PANTIE.

THE - NOVEL



CUADRO PRIMERO.



Cámara de la REINA en el Alcázar de Segovia.—Es de noche.

ESCENA I.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, PIMENTEL.

Aparece la REINA bordando una banda: á sus pies sentado en un cojin dormita el niño PIMENTEL columpiando la cabeza que deja por último caer sobre las rodillas de la REINA. DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA á la izquierda de DOÑA ISABEL, está leyendo el siguiente trozo de la primera epístola de san Pablo á los Corinthios.

BEAT. *(Leyendo.)* CHARITAS PATIENS EST, BENIGNA EST: CHARITAS NON ÆMULATUR, NON AGIT PREPERAM NON INFLATUR, NON EST AMBITIOSA, NON QUERIT QUE SUA SUNT, NON IRRITATUR, NON COGITAT MALUM,

NON GAUDET SUPER INIQUITATE CONGAUDET AUTEM
VERITATI;

OMNIA SUFFERT OMNIA CREDIT, OMNIA SPERAT, OM-
NIA SUSTINET,

REINA. ¡Esa es la caridad! esa la fuente
de los eternos bienes celestiales!
¡Qué bien habla el Apóstol á la mente
y al pobre corazón de los mortales!

BEAT. Es verdad, es verdad... pero, señora!
¿aun no habeis advertido...
¡Mirad á Pimentel!...

REINA. Sí... se ha dormido.
Soñando con los ángeles ahora
mi buen paje estará... ¡Cándido niño!
¡Edad hermosa de los sueños de oro...
de infantiles placeres, de inocencia
purísimo tesoro!

BEAT. Es mucha irreverencia,
y grave ofensa á vuestro real decoro
sin mas ni mas dormirse...

REINA. Y él ¿qué sabe
de homenajes á títulos egrejos?

¡Ignoras, Beatriz bella,
que no entiende esta edad de privilegios?
Ya la noche cerró; le ha sorprendido
á mis plantas el sueño... y se ha dormido.

BEAT. Perdonadme, señora, si murmuro
hoy, por la vez primera de mi vida,
de esa vuestra bondad tan estremada.
No sé por qué quereis veros servida
y á todas horas por do quier cercada
de estos tiernos infantes de alta cuna,
que á la verdad no os sirven para nada.
Dejáraislos gozar de su fortuna
bajo el techo feudal de sus castillos
y nos valiera mas... porque, señora,
mejor que yo sabeis que estos chiquillos
tan donosos, tan cándidos y bellos,
en lugar de serviros, vamos todas
sirviéndolos á ellos.

REINA. Sepa, si ya acabó, la que murmura,
que estos esclarecidos rapazuelos
á Castilla darán prez y ventura.
Hijos de grandes son: Si mis abuelos
hicieran lo que yo, si á los mayores

de estos, que grandes los verás mañana,
tendieran una vez su régia mano
y agrupáran sus timbres y blasones
en derredor del trono castellano,
no me hubieran legado, Beatriz mía,
tan pobre y destrozada
de Castilla y Leon la monarquía.
No lo hicieron así... con crudo encono
sus fueros cada cual ciego usurpaba
y el dominio feudal minó su trono...
¡el dominio feudal!... (*Señalando al paje.*)
que aquí se acaba.

Educados por mí y acostumbrados
á ver en mí una madre y soberana,
como premio de afanes tan prolijos,
al saludar su juventud galana,
estos niños darán sombra á mis hijos;
pensarán que en las gradas de su trono
con ellos y mi amor juntos crecieron;
recibirán las honras de su mano;
acatarán, defenderán sus leyes...
y entonces no será, como hoy, un vano,
un fantasma ilusorio
la autoridad suprema de los reyes.
¿Comprendes ya Beatriz...

BEAT.

Ah!... si señora.

A vuestra alta prevision: á tan profundo
saber, mi pobre inteligencia humillo...
muy digna sois de gobernar el mundo!
Mas hija yo tambien de poderosos
castellanos de feudo y señorío;
sin que á ninguno por mi alcurnia ceda:
educada con vos en mi sombrío
solitario castillo de Maqueda;
y unida siempre á vos, por vos honrada
con el nombre dulcísimo de amiga...
amiga de mi Reina idolatrada!...
bien sabeis que jamás me he permitido
libertades con vos, pues siempre ha sido
vuestra persona para mí sagrada.
Por eso no estrañeis si irreverente
al limpio sol de los monarcas hallo
que así tan familiar la noble frente
de ese niño, que al fin es un vasallo,
descanse en las rodillas

de la augusta princesa cuyo cetro
en breve domará las dos Castillas.

REINA. CHARITAS PATIENS EST, —hace un instante
san Pablo nos decía... recordemos
sus palabras, Beatriz, y de este niño
el tranquilo reposo no turbemos.
A mas, nadie nos mira: moradoras
de este alcazar real, mi escasa corte
gozar en él nos deja algunas horas
del placer de la vida retirada.
Estamos solas, ves?... nada te importe.
Duerme en paz, hijo mio,
bajo el influjo de tu amiga estrella:
tu Reina está velando... acaso un día
ante su trono velarás por ella.
Y que hermoso!... parece que me escucha
dulce á través de su encantado sueño...
repara la sonrisa
que por sus labios vaga... la tersura
de su límpida tez: su frente pura
que las penas aun no marchitaron...
Oh!... si le viera su dichoso padre,
mi leal Benavente... ¡feliz conde!
¡Venturosos aquellos que alcanzaron
varonil descendencia!...

BEAT. A vos el cielo
que os bendijo al nacer, y que ilumina
vuestra sana razon, ese consuelo
tambien concederá...

REINA. De su divina
bondad lo espero todo... Ya ha tendido
á Castilla sus rayos protectores,
la esperanza en mi seno derramando,
y en él confío que dará á mi trono
un digno sucesor del gran Fernando.
Mas, ah!... mira, Beatriz, ya se despierta
mi ilustre servidor... tal vez ha oído...

BEAT. Ya es hora... Pimentel, alerta!

PIMENT. (*Incorporándose.*) Alerta!
donde están?... quienes son?

BEAT. Das al olvido
que en la cámara real...

PIMENT. Pues... ¿me he dormido?

BEAT. Sí tal, y en la presencia
de tu Reina y señora.

- PIMENT. Tú la culpa
de que me duerma tienes.
- REINA. No haya enojos.
- PIMENT. Es que yo de latines nada entiendo,
y poco á poco su run run oyendo
cerrando voy á mi pesar los ojos.
- BEAT. Tenga el rapaz, si sabe, mas respeto
á los santos escritos...
- PIMENT. Te prometo
no ofenderlos jamás; pero declaro
que con mas voluntad, y con dineros
encima, si tuviera, dejaria
diez libros en latin por una historia
de Amadis ó del buen conde Oliveros
y el crudo Fierabras de Alejandria.
Aquello !... aquello...
- REINA. Pimentel !...
- PIMENT. Señora,
aquello si que pasma y me desvela!
porque es muy brava cosa dar batallas
y ver á un caballero
cubierto de oro y aceradas mallas;
sobre su potro overo
ir rindiendo gigantes y murallas;
y en tanto fiero lance y aventura,
ora á su dama trovas regalando,
ora con el mandoble reluciente
al malandrín que ultraja la hermosura,
no mas que de un fendiente
rajar de la cabeza á la cintura!
- REINA. (*Bajo á Beatriz.*) Descubres ya al guerrero?
- BEAT. (*Idem.*) Y al generoso amante y caballero.
- REINA. Pues bien, hijos, ya que hemos terminado
de la noche las santas oraciones,
por ver si se despeja
de las sombras del sueño mi buen paje,
Beatriz nos contará alguna conseja.
¿Consientes, mi Beatriz?
- BEAT. ¿Que si consiento!...
vuestra alteza lo manda.
- PIMENT. Viva! viva!...
- REINA. No haya duendes ni brujas en el cuento.
- PIMENT. Por qué?
- REINA. Porque... Señora, no me gustan...
son los duendes y brujas mala gente.

BEAT. ¿No dirías mejor porque te asustan?

PIMENT. Asustarme?... es verdad. Cuando me acuerdo á solas de ellos, y en mi estancia á oscuras, me asaltan á la vez torvos girando con sus feas, horribles cataduras.

REINA. Y un noble como tú, ¿de esas visiones fantásticas se asombra? De manera que si posible su existencia fuera, y por esas ventanas penetraran en confuso tropel y á mí llegarán... tú lleno de pavor...

PIMENT. No! no señora!

entonces oh! los ojos cerraría y delante de vos con daga en mano al mismo Satanás embestiría.

REINA. (*Tendiendo á Pimentel la mano que este besa.*)

¡Muy bien mi pajecillo! Me enamoran tu franqueza y valor. ¿No te intimidan, verdad?... esos espíritus no moran donde el honor y la virtud se anidan. Pero dejemos ya tales quimeras, y á Beatriz, que prepara su memoria, narrar oigamos la anunciada historia.

BEAT. Señora, será breve.

REINA. Como quieras.

BEAT. Era una noche tempestuosa: el viento remolinando la tostada arena, las rocas azotaba en son violento de la agreste sin par Sierra-morena. Bien armado un ginete, y al acaso, de aquella noche en las medrosas horas cruzaba el alta sierra paso á paso sin esquivar las atalayas moras. Iba triste: la sombra le envolvía... de pronto el vendaval trajo á su oído enmedio aquella soledad umbría, un humano tristísimo gemido. Detuvo su corcel: trazó su mano en la frente una cruz... (que era el guerrero aunque mozo resuelto, buen cristiano) y en seguida buscó la de su acero.

PIMENT. Que sería?...

BEAT. Esperó... se estuvo atento... se inclinó para oír... Tiempo perdido. Creyó que fué ilusión aquel lamento,

ó un ay! del huracan embravecido.
Y entrambos acicates aplicando
al generoso bruto, plegó el talle
y á la sierra de Córdoba guiando,
despues de un hora descendió hasta el valle.
Franca la puerta halló de una cabaña,
y el palafrén dejando entróse en ella:
— ¡Ha del huesped! — gritó; pero ni estraña
ni amiga voz á la demanda aquella
respuesta le volvió. Siguió adelante,
y en el rincon mas lóbrego y sombrío,
del hogar á la llama vacilante,
logró ver un anciano inmóvil, frio.
— ¿Das posada? — Y el viejo silencioso
como una estatua, inmóvil proseguia...
Estaba muerto?

PIMENT.

BEAT.

No, llanto copioso
por sus mejillas pálidas corria.
Le dijo el caballero — » Tu querella
sepamos de que nace, ¿quieres oro? — »
Y en sollozos rompiendo — » ¡Ay de mi Estrella!
hija del alma que perdida lloro... » —
clamó por fin el venerable anciano —
— » Estrella se llamaba: aqui lucia...
Mirame!... ciego soy... pero su mano
en la sierra y el valle era mi guia.
Los moros se arrojaron de la cumbre
de ese monte esta tarde: aqui llegaron,
y al derramar el sol su última lumbré,
á mi Estrella del valle arrebataron.
Quien quier que seas... tu camino sigue:
ya te dije el por qué de mi querella:
no harás que el oro mi dolor mitigue..
Déjame, vete en paz... ¡Ay de mi Estrella! — »
— Tu estrella buscaré. — Tente! no vayas...
tarde con ella tu valor daria!
Encerrada estará en las atalayas...
ó acaso muerta... Y mientras así decia,
sobre su potro el paladin saltando
á los peñascos se lanzó violento,
y el nombre de la Virgen invocando
volvió al lugar donde escuchó el lamento.
Cercana una atalaya descubria,
y á la atalaya fué.

PIMENT. (Con entusiasmo.) Bien!

BEAT.

Mas del muro ,
al llegar , vió que un vulto descendia ,
que en el suelo tocó y huyó en lo oscuro.
Halla puesta una escala : en son doliente
desde adentro una voz ayes exhala...
y desmontando silenciosamente
espada en mano se arrojó á la escala.

PIMENT. Que me placen tan raras aventuras.

BEAT.

Entra en la torre , y solo una doncella
atada vé con fuertes ligaduras...
— ¿Eres Estrella tú ? — Yo soy Estrella...—
responde la infeliz. — Si eres cristiano ,
denme ayuda tu honor y fortaleza ;
que estos perros con su ábito profano
aun no han manchado el sol de mi pureza.
Mas ¡ay !... que volverán. — Audaz desata
á la angustiosa jóven el guerrero :
hasta el muro la lleva , y la arrebató
entre sus brazos arrogante y fiero.
Sobre el caballo suben... ya se alejan...
mas de pronto relinchos de corceles
oyen en torno , y voces que semejan
el salvaje clamor de los infieles.
Y era cierto ; los bárbaros venian
á robar la cautiva al caballero :
le rodean , le acosan y porfian...
mas siempre encuentran el caliente acero
del cristiano adalid , rayos lanzando :
se revuelve... con él ábrese calle ,
y á través de las breñas escapando ,
al romper de la aurora entró en el valle.

PIMENT.

¡ Gloria al valiente !

BEAT.

Y encontró al anciano
en el mismo lugar... — « Hé aquí tu Estrella. »
le dice. — « Abrázala... de Dios la mano
te la devuelve pura... Ven con ella
á mi casa de Córdoba : seguro
asilo allí tendreis , sin pesadumbres ;
que arrojar á los moros de esas cumbres
antes de un año por mi Reina os juro.

PIMENT.

Y ¿ cómo se llamaba
la Reina del cristiano ?

BEAT.

Se llamaba Isabel.

PIMENT.

Me maravilla !...
como vos...

- REINA Isabel?... Yo la Primera
soy de ese nombre que reinó en Castilla.
BEAT. Es que por vos el juramento era.
REINA. Por mí!... ¿con que ese cuento...
PIMENT. No es un cuento
á lo que yo adivino... es una hazaña
verdadera... ¡Declaro al caballero
por el héroe mejor que tiene España!
¿Quién es? dinos, Beatriz...
REINA. Eres curioso,
pajecillo; la hazaña ten presente,
y cuando pruebas hagas de animoso
te diremos el nombre del valiente.
PIMENT. Es vuestra voluntad... bueno, señora:
yo mis pruebas haré y el cielo quiera
que os agraden.
REINA. Probemos desde ahora.
¿Te atreves á cruzar, sin que te asombre,
la oscura galería
que al aposento del monarca guía?
PIMENT. (*Vacilando y despues con resolucion.*)
¿A oscuras... sí señora.
REINA. Allá en mi nombre
vé á decir á su Alteza que deseo
una audiencia esta noche.
PIMENT. Y me tendreis
por animoso y mas...
REINA. Sí, por quien soy.
PIMENT. Y luego, en galardón ¿qué me dais?
REINA. Un beso.
PIMENT. (*Con infantil entusiasmo.*)
Un beso!... á conquistarlo voy.

ESCENA II.

La REINA, DOÑA BEATRIZ.

Queda la REINA pensativa: despues de una breve pausa
continúa bordando.

- REINA. ¿Há mucho que sucedió
la aventura que has contado?
BEAT. Diez dias.

- REINA. Pronto ha llegado
á tu noticia.
- BEAT. Llegó
por cartas...
- REINA. Tiene interés
el lance... ¡Buen caballero!...
- BEAT. ¿Sabeis ya quien es?
- REINA. No; pero
sospecho, Beatriz, quien es.
- BEAT. No sospecheis con error.
Nunca le visteis...
- REINA. Jamás?
- BEAT. Jamás.
- REINA. Oh!... pues eso hay mas
de mi sospecha en favor.
- BEAT. Veamos si es bueno ó malo
vuestro tino.
- REINA. A mi entender
ninguno otro puede ser
sino tu primo Gonzalo.
- BEAT. Acertasteis!
- REINA. Y ¿te admiras?
- BEAT. Encantamiento parece.
- REINA. Tal tributo no merece
mi acierto, si bien lo miras.
En lengua propia y estraña
del paladin Cordobés
se cuentan mas há de un mes
tanta aventura y hazaña,
que al escuchar las historias
que dá el vulgo en relatar,
es fácil averiguar
su nombre por sus victorias.
Declaremos en su honor
que es sin par en las contiendas...
dime ¿son las demas prendas
del héroe, de igual valor?
- BEAT. No son por cierto inferiores:
si cupiera mejoría
que son, señora, diria
á su esfuerzo superiores.
De niño le conocí,
y en su ardiente juventud
á empresas de alta virtud
siempre dispuesto le vi.

No tiene, señora, igual
en el suelo Cordobés,
por lo galán y cortés,
por lo discreto y jovial.

Modelo de caballeros,
recuerda con sus acciones
á los antiguos varones
tan amantes como fieros.

Tañe, canta, danza, trisca,
y con destreza, de él sola,
jugar sabe á la española
las armas y á la morisca.

REINA. Informes son estremados
como de ninguno oí.
pero esos informes, di,
¿no serán apasionados?

BEAT. Preguntad, señora mia,
por si la pasión esconden,
y oíd bien lo que os responden
los moros de Andalucía.

Los árabes de concierto
en el campo le educaron,
y á manejar le enseñaron
los caballos del desierto.

Con ellos el paladín
ganó lauros numerosos

en los palenques famosos
de Granada y de Coin,
donde en lenguaje oriental
ha anunciado en profecía

á sus Reyes, que algún día
clavará en lucha campal
de Aragon las fuertes barras
y el castellano león,

sobre el mas alto peñón
de las rudas Alpujarras.

REINA. ¿Con que según eso abona
nuestro escudo?

BEAT. Con fé tal,
que un campeón mas leal
no tiene vuestra persona.

REINA. Pláceme tu información,
pues de la lealtad y fé
de tu primo, hasta hoy dudé.

BEAT. ¿Dudasteis de su adhesión?

REINA. Mas nunca le tuve encono:
el tiempo todo lo muda,
y como hay tambien quien duda
de mis derechos al trono,
que era pensé, en la fatal
discordia que al reino aqueja,
adicto á la Beltraneja...
ó por lo menos, neutral.

BEAT. Le habeis, señora, ofendido.

REINA. Pésame si le ofendí:
mas para ofenderle así
razon de sobra he tenido.

BEAT. ¿Razon decis?

REINA. Oh! cabal:

en torno á mi regia silla
he llamado de Castilla
á los nobles por igual;
y los que no hacer ultraje
á mi demanda quisieron
ante mis plantas vinieron
á prestar pleito-homenaje.

Tú has visto su noble porte
y á cuantos con interés
me apoyan... el cordobés
nunca ha pisado mi corte.

Ademas, con el deseo
de conocer mis parciales
celebro fiestas Reales

en Segovia: es el torneo
mañana: en prenda de honor
daré mi caballo tordo

con esta banda que bordo
á aquel que juste mejor;
y á disputar el regalo

vinieron de los confines
del reino, cien paladines...
entre ellos no está Gonzalo.

Será mucha su adhesion,
y le inspirará interés
mi causa;... pero... ya ves...

BEAT. Teneis, señora, razon;
mas tendedle vuestra mano
que no os pesará jamás;
hasta hoy Gonzalo fué mas
guerrero que cortesano.

Mientras otros con patrañas
en Segovia se entretienen
y fácil lucha mantienen
de bohordos, sortija y cañas;
él dejando esas quimeras
por mas preciados laureles
alancea á los infieles
y ensancha vuestras fronteras.

REINA. Premie Dios con franca mano
de la morisma á despecho,
esa fé digna del pecho
de un caballero cristiano.

BEAT. Tal vez pronto, descuidad,
llegareis á conocerle...

REINA. A la verdad, que de verle
tengo ya curiosidad.
Que un héroe de tal valia
es, con su arrojo y su celo,
un don que concede el Cielo
á mi pobre monarquía.

ESCENA III.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, PIMENTEL.

PIMENT. Fui á oscuras y volví.

REINA. ¿Hablaste á su Alteza?

PIMENT. Hablé;
pero antes sin luz llegué
á su aposento, y allí
ante su severa faz

le dí el recado... y por eso
me debeis, señora, un beso.

REINA. Toma... y quedamos en paz.

PIMENT. Viva! he ganado honra y prez.

REINA. ¿Te dijo el Rey?

PIMENT. Que vendría
al punto, señora mia.

¿Quereis que vuelva otra vez?

REINA. No.

PIMENT. Pues dadme otros recados.

REINA. ¿Como tan valiente ahora?

PIMENT. Es que como son, señora,
tan dulcemente pagados...

- BEAT. ¡Oiga el buen paje!...
- PIMENT. Pues no?
- REINA. Eres por demas travieso.
- PIMENT. Siempre pudo mucho un beso
entre la gente de pró...
Y llegaré á ser un Cid
si con ellos...
- BEAT. ¿Eso mas,
pajecillo?
- PIMENT. Callarás?...
*(Aparece en el fondo de la galeria el Maestre salá
Cobarruvias y dice en alta voz.)*
¡Plaza á su Alteza!
- REINA. Salid.

ESCENA IV.

La REINA, El REY.

- REY. Que Dios guarde á la augusta soberana
de Castilla y Leon.
- REINA. El os bendiga
mi esposo y mi señor... Oh!... perdonadme
si olvidando esta noche las fatigas
que os produce el gobierno del Estado
esta audiencia os pedí.
- REY. Yo tambien iba
á demandaros otra... Vuestra Alteza
delante vá de la esperanza mia.
- REINA. ¿Deseabais hablarme?
- REY. Sí, por cierto;
anhelaba, señora, esta entrevista
y de vos despedirme y de Segovia...
- REINA. ¡Despediros, señor!
- REY. Sí, por mi vida.
- REINA. Fernando! ¿que os sucede? En vuestro rostro
fiero el enojo y el dolor se pintan...
¿que razon hay tan grave, que así os fuerza
de Segovia á salir con tanta prisa?
- REY. Muy graves son, señora; henchido el seno
de vergüenza y pesar dejo á Castilla,
y me vuelvo á Aragon. En mis hogares
me conocen mejor: la frente altiva
de los hijos del Ebro, reverente

se dobla ante el monarca de Sicilia,
y atentos á mi voz alzan la suya
cuando yo lo consiento, y de rodillas.
Pero aquí vuestros nobles castellanos
con su orgullo y sus leyes, mortifican
mi augusta dignidad, y parto lejos
antes que apuren la paciencia mia.

REINA. ¿Quién aquí os ofendió? ¿quién audaz pudo
fijar en vos su irreverente vista,
y no le confundió en aquel momento
el rayo asolador de mi justicia?

REY. Oh!... que si á tanto osara algun vasallo
á pesar de sus fueros é hidalguía,
yo me bastára, yo! porque le hubiera
mi justa indignacion hecho ceniza.
Mas no es esto, señora... es el mandato
que se revela en vuestra ley antigua,
que os dá el derecho á vos... y á mi persona
reduce á un tiempo á nulidad indigna:
es, señora, que el cetro Castellano
aquí se hereda por derecha linea
hembra sea ó varon el que suceda,
y vuestros nobles á la sombra amiga
de esas famosas leyes que dictaron
sus abuelos en Toro y en Medina,
con vano alarde por do quier repiten,
en sus lábios vagando la sonrisa,
que aunque me aceptan como esposo vuestro...
vos sola sois la Reina de Castilla.

REINA. ¿Que os importan, señor, esas palabras
que el uso antiguo á mis vasallos dicta,
si Isabel de Castilla es la primera
sierva que acude á vuestra voz sumisa?
¿Que importan á vuestra alma generosa
del fanático vulgo las hablillas?
Donde yo fuere Reina, allí conmigo
será mi esposo Rey... Yo bien querría
que el derecho á reinar en mis estados
fuera vuestro no mas... pero designan
las leyes mi persona, y esas leyes
que los pasados siglos santifican
nosotros los monarcas de la tierra
debemos acatar cual ley divina.
Sano ejemplo tendrán nuestros vasallos
porque sus pasos nuestros pasos guian,

y con él conquistamos el derecho
de enmudecer a la falaz malicia.
Ademas, don Fernando, no olvidemos
que en la cuna descansa nuestra hija...
nuestra esperanza y única heredera,
y si en algo esas leyes se varían,
no podrá recoger nuestras coronas;
y despojada de su Real lejitima,
dirá en la oscuridad... «Mis padres fueron
los que arrancaron á la frente mia
la diadema Real de mis mayores
que venerandas leyes me cedían.»

REY.

Señora... tiene el don vuestra palabra
elocuente y veraz... de herir las fibras
de mi acerado corazon: muy fuerte
en el consejo sois, y la luz viva
de vuestra mente despejada ha tiempo
que ahuyenta las tinieblas de mi vida...
Mas permitid que ahora siga el norte,
que mi decoro y dignidad me indican.
Será vuestro el derecho... enhorabuena:
por vos, señora, y nuestra escelsa hija
olvidaré que soy de Trastamara
el varon primojenito... Tranquilas
gozad de vuestra herencia, mas yo parto
lejos del suelo que mi honor mancilla.

REINA.

No!... Fernando... escuchad!...

REY.

Aquí, señora,
mi persona. decid ¿que significa?
¿Que soy á vuestro lado? Los alcaides
os hacen á vos sola pleitesía:
las provisiones todas, los acuerdos
son válidos si llevan vuestra firma:
vos disponeis los gastos del tesoro:
sin vos no puedo administrar justicia...
y mi busto se admite en la moneda
y circula, del vuestro en compañía.

REINA.

Esas querellas oh!... no sabeis cuanto
de vuestra esposa el corazon lastiman,
y cuanto diera por salvar las leyes
que tanto ¡ay Dios! vuestra altivez irritan.
Pero mejor que yo, vos don Fernando
penetráis las razones que me obligan
á aceptar el derecho en pró y defensa
de las hembras que hubiere en mi familia.

Oh!.. si abdicara yo .. mis sucesoras
despojadas del cetro quedarian....
y no es justo... las hembras tambien pueden
con gloria gobernar la monarquia.
Ahora bien; si partís , quitais de un golpe
á mi trono el cimiento en que se afirma ,
y le hareis vacilar....

REY. No hay ya , señora,
apoyo que detenga su caída...

REINA. ¿Qué decis !...

REY. La verdad : con faz serena
todo mis ojos sin pasion lo miran ,
y sé que vuestros fieros castellanos
valen poco en el campo , aunque se estiman
en mucho en la ciudad. Yo los he visto
ceder en Toro en vergonzosa huida ,
sin atender mi voz y mi despecho ,
la victoria á las huestes enemigas.
No contaís con ejército. El tesoro
que os entregó Cabrera , se aniquila...
y en vandos dividida la grandeza
sus castillos retiene y fortifica.
Mirad á Francia , á Portugal... sus gentes
por doña Juana contra vos se ligan :
el francés ha pasado las fronteras ;
sus tropas llegan ya á Fuenterrabia :
hasta Zamora el portugués sus Reales
del Duero ocupan la derecha orilla...
¿En que esperais , señora ?

REINA. En Dios espero ,
en mi razon , y en la constancia mia.

REY. Y ¿ osareis combatir !

REINA. Sí! don Fernando :
á Toro volveré , y allí asistida
de los que en Toro con vergüenza huyeron ,
haré que al fiero portugués embistan
hasta que laven la afrentosa mancha
que en rostro les echais . ¿ Si , por mi vida !
yo os probaré que son mis castellanos
gente dispuesta para entrar en liza ,
y que á las barras de Aragon no ceden
nuestros bravos leones de Castilla.

REY. Oh !... que el amor á vuestra patria os ciega.

REINA. Traed vuestra inmortal ballestería
del reino de Aragon ; y con mis haces

de Castilla y Leon y de Galicia,
al portugués busquemos... y sepamos
quien antes ceja en la tenaz porfia.

REY. Por Dios, señora, que os admito el reto!...
mis arqueros vendrán...

REINA. Pues Dios decida,
de la victoria en el combate rudo.

REY. Por ellos voy sin escusar fatiga,
y al momento saldré.

REINA. Yo con los mios
firme, serena y de esperanza enchida
espero á vuestra Alteza.

REY. A Dios, señora: y
que él os guarde.

REINA. Señor... que él os asista.

ESCENA V.

La REINA.

¡Menospreciar mis guerreros
y tratar como villanos
á mis buenos castellanos
tan bravos, tan caballeros!

¡Que son flojos en la lid
y que huyeron con pavor...

¡ellos, espejo de honor!

¡ellos, los hijos del Cid!...

Oh!... yo haré con mi constancia

que apilen tantas victorias

que eclipsen las altas glorias

de Sagunto y de Numancia.

(*Suena un clarín.*)

Mas ¿que anuncia esa señal?

será que no están abiertas

de este mi alcazar las puertas

y entrar quiere el Cardenal.

¿Qué habrá ocurrido?... ¡ay de mí!

importancia el caso tiene.

cuando á tales horas viene

don Pedro Mendoza aqui.

(Covarrubias dice desde la puerta de la cámara y se retira.)

El ilustre Cardenal.

REINA. ¡Adelante!... Plegue á Dios que no venga de él en pos algún suceso fatal.

ESCENA VI.

La REINA, el CARDENAL.

CARD. Señora...

REINA. ¿Que nos agobia de nuevo, ilustre don Pedro?

CARD. Mucho.

REINA. Decid, no me arredro ..

CARD. El Rey sale de Segovia? Mi pregunta perdonad: pero al entrar he sabido que parte, ó que ya ha partido, y me admira á la verdad...
REINA. A Aragon en interés de mi reino despachado, y vá para asuntos de Estado que ya os diremos despues.

CARD. Siento que su autoridad nos deje de esa manera ..

REINA. ¿Por qué?

CARD. Porque le quisiera esta noche en la ciudad. Vuestra guardia y los villanos anduvieron á estocadas, y en reveldes oleadas se agitan los segovianos.

REINA. ¿Que ocasionó ese desmán?

CARD. La disciplina severa de vuestro alcaide Cabrera es el motivo que dan ..

REINA. Esa razon no es razon; Cabrera gobierna bien.

CARD. Muy cierto; pero si ven los gefes de la faccion al Rey alejarse de ellos,

- creyéndose á su alvedrio ,
se lanzarán con mas brio
á cometer atropellos.
- REINA. Decid á mi pueblo fiel,
que si el monarca partió,
aquí en su lugar quedó
la Reina doña Isabel:
que ¡ay del rebelde! si avanza!...
porque aunque sola me hallo,
tambien yo sobre un caballo
sé manejar una lanza.
Id, y que anuncien ahora
este acuerdo á la ciudad.
- CARD. Lo anunciaré asi: mirad
antes, si os place, señora,
este pliego...
- REINA. Urgente?
- CARD. Lo es,
y de importancia á fé mia:
desde su campo lo envía
el monarca portugués..
¡Oyó Dios mis oraciones!
(Recorriendo con la vista el pergamino.)
La paz!... que cese la guerra...
y que volverá á su tierra...
Oh!... pero que condiciones!
- CARD. Duras son; pero en justicia...
- REINA. Justicia!... y pide un tesoro,
y la posesion de Toro,
y de Zamora y Galicia?
- CARD. Sí, mas ved que es muy audaz,
y que si avanza...
- REINA. Qué avance!
si ya tan suyo es el lance,
¿á que propone la paz?
- CARD. No aspira á la monarquia...
pagar quiere sus soldados...
- REINA. ¿Desmembrando mis estados,
partiendo la herencia mia?
¿A eso entró con tantos brios?
que pague con su dinero
á sus soldados; primero
que los suyos, son los mios.
- CARD. ¿Donde están... ese es el mal!...
Oh!... si alcanza otra victoria...

REINA. Pues bien: sabremos con gloria
morir, señor Cardenal.
No quiero paz que me humilla;
suceda lo que suceda,
no hay quien me obligue á que ceda
ni un átomo de Castilla.
Iré de mi estrella en pos:
defenderé el reino mio...

CARD. Pero...

REINA. Tranquila confío
en mi derecho y en Dios.

CARD. ¡Si hasta su inmortal asiento
vuestras palabras subieran!...
Oh! si aquí todos tuvieran
vuestro soberano aliento!...

REINA. Es verdad... creyendo voy
que entre tanto hombre de Estado,
y caballero esforzado...
la mas esforzada soy.
Todos en mi contra son;
todos con humilde celo
á detener son el vuelo
de mi ardiente corazón.
Sola estoy... nadie confía
en mi pueblo, y hay quien llora...
Gritos de la multitud y disparos de arcabuceria dentro del Alcazar.
Qué?

CARD. Vuestro pueblo, Señora...
Confíad...

REINA. Por vida mia!...
(Sale doña Beatriz apresuradamente y con la mayor agitación.)

ESCENA VII.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, El CARDENAL.

BEAT. Ah! Señora!

REINA. Beatriz!... ¿qué es de Cabrera?
¿dónde tu esposo está?

BEAT. En las galerías.

luchando ¡ay Dios!... la muchedumbre fiera
ha entrado en el alcázar: en lo oscuro
con paso cauteloso
ha logrado salvar el ancho foso,
y con maromas escalar el muro.

REINA. ¡Entraron en mi alcázar!... y ¿qué hacían
sus fieles guardadores, mis soldados...

BEAT. Lo ignoro.

REINA. Bien está... ¡todos dormían!

¡todos de su deber aquí olvidados!...

Oh!... Dejadme salir...

BEAT. No!... deteneos!...

CARD. Primero saldré yo que vuestra Alteza!...

Toca á mi autoridad ir al peligro,

y alejarlo de vos con mi cabeza.

(*Aparecen en el fondo de la galería don Andrés Cabrera y algunos guardias: todos entran atropelladamente en la cámara y cierran la puerta. El choque de las armas y las voces del tumulto popular se oyen mas cerca.*)

ESCENA VIII.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, el CARDENAL, CABRERA, GUARDIAS.

CABR. ¡Defended á la Reina! ¡Aquí soldados!
esas puertas cerrad!... y al que primero
se acerque á su dintel caiga sin vida!

REINA. ¡Dejadlos!... No en mi cámara, en el muro
debisteis resistir la acometida.
No las puertas cerreis... ¡queden abiertas,
que ese ronco gritar no me acobarda!...
De nada sirven las cerradas puertas
cuando el amor del pueblo no las guarda!

PUEBLO. Gritando furioso á las puertas de la cámara.)
Muera el alcaide!

REINA. Abrid!...

PUEBLO. Muera Cabrera!!

REINA. (*Abriendo las puertas y cruzando los brazos delante del pueblo.*)

Mis manos abrirán... ¡Pase el que quiera!

(*Se agolpa la multitud á las puertas de la cámara.*)

pero de repente se detiene y descubre al reconocer á la Reina. Esta con creciente dignidad y esfuerzo la apostrofa.)

¿Qué os detiene?... mirad... franca la entrada... hollad... hollad!... con vuestra planta impura si á tanto os atreveis, mi real morada!

¿Sois vosotros aquellos segovianos de tan claro bláson y nombradía...

los que me alzaron sobre el trono un día, los que batieron en mi honor sus manos?...

¿Do fué vuestra lealtad, vuestra bravura?

¿prestais á la traición torpes oídos...

y en el silencio de la noche oscura mi palacio asaltais como bandidos...

Miserables?... ¡Segovia de rodillas ante la Reina de las dos Castillas!!

(Los segovianos se arrodillan.)

¿Qué venis á buscar?... Tú!... que del bando rebelde y salteador vienes delante, habla en su nombre... di!... Yo te lo mando.

SEGOV. ¡Ah!... señora, Cabrera nos oprime... nos trata con rigor... y la malicia cuenta que goza cuando el pueblo gime...

REINA. ¿Y es este modo de pedir justicia?

¿No pudierais venir á mi presencia mesurados, y alzar vuestros clamores cuando en la plaza doy pública audiencia?

SEGOV. Ah! perdon!...

REINA. ¡No hay perdon para traidores!

Los que asaltan mi alcázar: los que en Toro cobardes! revolvieron sus caballos y olvidaron su gloria y mi decoro... mis hijos no son ya... ni mis vasallos. ¡Idos lejos de mí!

(Los segovianos se incorporan: rodean á la Reina y vuelven á arrodillarse diciendo á una voz.)

¡Piedad, señora!...

REINA. (Mostrándoles el pliego que le entregó el Cardenal.)

Mirad... mirad!... el portugués osado me demanda á Galicia y á Zamora, y á Toro; (Bajando la voz.) porque sabe que no tiene Castilla ni un soldado que se le oponga en la contienda grave.

¡Oh... vergüenza!... ¡Oh baldon!... Los pueblos míos mañana pasarán á otros señores...

SEGOV. No!... no!... vamos al campo!... aun en Segovia
contais doña Isabel con defensores.

PUEBLO. Al campo!... sí!...

REINA. Pues bien; cuando yo os vea
esgrimir en el campo la cuchilla,
y al portugués mostrar en la pelea
que aun no ha muerto el honor aquí en Castilla,
mi gracia os volveré. Traidor é infame
será el que no responda
cuando la voz de mi clarín le llame.

PUEBLO. Sí!... Sí!...

REINA. Y en tanto que la lid se apresta,
del portugués á la demanda altiva,
vuestra Reina y señora así contesta.

(Rasga el pergamino y arroja los pedazos.)

CARD. Viva la Reina de Castilla!

PUEBLO. *(Entusiasmado.)* Viva!!

(Se repiten las aclamaciones á lo lejos y cae el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.



CUADRO SEGUNDO.

Sala del pabellon en el Alcázar de Segovia. A la derecha del espectador el trono y una puerta que comunica con la cámara de la REINA. En lugar conveniente una mesa con recado de escribir y cubierta con un tapete blasonado con las armas de Castilla. En el foro tres puertas grandes. A la izquierda balconcillos ó ventanas ojivas. El trono estará cubierto con cortinas que se descorrerán cuando el diálogo lo indique. Al levantarse el telon se oyen aplausos y griteria del pueblo.

ESCENA I.

ZAPATA, GRICIO.

ZAP. *(Asomado á una de las ventanas de la cual se retira poco despues.)*
Vitor!... Soberbia lanzada!
á tierra vino...

GRICIO. ¿Qué es ello?

ZAP. Que el conde de Benavente
lleva la prez del torneo.
Con él se han medido ya

Quiñones, Lara y Cienfuegos,
y al primer choque, los tres
han rodado por el suelo.

GRICIO. Siempre se dijo del conde
que tiene un brazo...

ZAP. De hierro!

Venid, compañero Gricio
y su pujanza admiremos...
Aun no ha salido su Alteza...

GRICIO. Zapata amigo, no encuentro
solaz, así Dios me salve,
en esos ataques bélicos;
secretario de la Reina
como vos, tan sólo tengo
afición á cortar bien
las plumas, y á estender luego
lo que me dicta su Alteza
con letra pulida... y presto.

ZAP. Yo tambien; pero no quita
lo esforzado á lo discreto.

Bien podemos ser los dos

en punto á escritura diestros

y á la vez dar nuestro voto

sobre si fué malo ó bueno

el tajo, el bote de lanza;

el salto, la entrada á tiempo...

GRICIO. Por el alma de mi padre

que habláis ya como un guerrero!

ZAP. Y ¿os admirais buen Gaspar
de Gricio? á la postre en eso

unos despues de los otros,

todos á parar vendremos.

GRICIO. No decís mal, por do quiera
se ven marciales aprestos

y la region de los aires

llenan del clarín los ecos;

no se habla mas que de asaltos,

de maniobras y pertrechos...

como si Castilla fuera

á entrar con el mundo entero

en descomunal batalla...

ZAP. ¿Y por qué no? ¡Viven los cielos!

Mirad que bien á Castilla

tratan los vecinos reinos:

mirad tambien por su parte

lo que hacen los sarracenos...
Ya se vé, con tantos años
de flojedad y silencio
han pensado que Castilla
no es hoy mas que un cementerio,
y entre cristianos y moros
lleva el diablo nuestro crédito.
Pero andad, que antes de mucho
las tornas les volveremos:
desde Santiago á Tarifa
de guerra ha cundido el fuego,
y cada cual se dispone
para el combate...

GRICIO. Y ¿qué haremos
contra tantos enemigos
tanto contrario elemento,
aquí donde la discordia
civil ha entrado en los pechos...

ZAP. La Reina la ahuyentará.
(Aparece la Reina en el dintel de la puerta de la derecha sin que lo noten los secretarios, á los que se vá aproximando poco á poco.)

GRICIO. La Reina!... y aun suponiendo
que su discrecion la ahuyente,
¿cómo se forma un ejército
de imprevisto y se alimenta?
¿á dónde están los dineros?

ZAP. La Reina los buscará.

GRICIO. A mucho alcanza su génio;
mas no hay quien venza imposibles
con solo querer vencerlos.

ZAP. No los hay para su Alteza...
mirad su rostro sereno
en medio de los peligros,
su continente severo
que aliento dá á los leales,
que aterra á los descontentos.
Reparad desde que reina
cuanto ha cambiado de aspecto
el pueblo de Enrique cuarto.
ella manda, y al momento
á todo aquello que toca
tan otro queda y bien hecho,
como si hubiera pasado
la mano de Dios por ello.

¿Decid, si quien esto logra
no logrará tambien...

GRICIO. Ciertó!

de todo será capaz...
porque es una santa... y luego
el Rey don Fernando...

ZAP. Si...

pero ese ya es otro cuento...

GRICIO. Es valiente...

ZAP. Buena lanza

y cumplido caballero...

(Señalando á la frente.)

pero de aquí... no hay gran cosa...

Oh! pues si no fuera eso...

Ella vale mucho mas...

pero mucho!...

GRICIO. No lo niego.

(La Reina se coloca en medio de los dos; los mira
severamente y en silencio, y ellos inclinan la ca-
beza.)

ESCENA II.

La REINA, ZAPATA, GRICIO.

Los dos. Ah!

REINA. Que no os vuelva á suceder... Los Reyes
son la imagen de Dios sobre la tierra,
y á los vasallos cumple
obedecer, sin murmurar, sus leyes.

Solo de Dios el juicio soberano
puede apreciar sus hechos; no el profano
sordo rumor de vuestra humilde boca,
que el noble polvo de sus huellas toca,
que el pan recibe de su régia mano.

ZAP. Señora..., no he querido
ofenderle...

REINA. Por eso te perdono:
mas no olvides un punto que mi oído
desde las gradas de mi escelso trono
á todas partes llega, y si te escucho
del monarca otra vez hablar en mengua,
ha de costarte el desacato mucho.

ZAP. Os juro que será muda mi lengua.

REINA. Enhorabuena : ignoro lo pasado.

Disponeos á escribir ; porque deseo antes de ver las suertes del torneo , ocuparme en provecho del Estado.

(Los secretarios ocupan los estremos de la mesa y escriben de pie. La Reina dicta y se pasea.)

GRICIO. Dictad , señora.

REINA. Al cardenal Mendoza

para que tenga pronto cumplimiento lo que mando Yo aquí. Primeramente :

Habiendo llamado nuestra Real atencion los muchos hurtos que se cometen en las ciudades y caminos de todo el reino , y la impunidad de que gozan los criminales , disponemos la creacion de un cuerpo de vigilancia para perseguir á los bandidos en despoblado , y á los malhechores que escapen de la acción de los tribunales. Cada cien vecinos contribuirá con diez y ocho mil maravedís para el mantenimiento y equipo de un soldado de á caballo : esta nueva milicia se llamará la Santa Hermandad.

2.º Para la mas pronta administracion de justicia: El doctor Alfonso Díaz de Montalvo revisará las leyes de Castilla , y recopilará un código que pueda ser de general aplicacion en todo el reino: Este código llevará el título de *Ordenanzas Reales* , y se presentará á las Córtes tan luego como estuviere concluido.

3.º Atendiendo á los graves apuros de nuestro Real tesoro : á las guerras que nos vemos obligados á mantener para la posesion de nuestra legitima herencia: á lo injusto que seria imponer nuevos tributos á los agoviados pueblos ; y finalmente , á que la mayor parte de las rentas de la corona ha venido á parar á manos de los Grandes y Señores del reino , por mercedes tan gratuitas como livianas , resolvemos en pró de nuestra augusta dignidad anular como anulamos todas las donaciones Reales que se hubieren hecho desde la última mitad del reinado anterior.

ZAP. *(Bajo á Gricio.)*

¿Qué os decia , Gaspar? mirad que pronto dineros encontró.

GRICIO. *(Idem á Zapata)* Calle y escriba.

REINA. Se respetarán únicamente las gracias concedidas á los establecimientos de buenas letras , y á los asilos de caridad.

4.º Siendo el cargo de Maestre de las órdenes militares objeto de codicia por su ilimitado poder, y origen su eleccion de discordias, escándalos y atropellos, se solicitará de su Santidad una bula para que se incorporen los Maestrazgos á la corona á medida que vayan vacando.

GRICIO. (*Bajo á Zapata.*)

Zapata, esto es mandar con entereza,

ZAP. (*Idem á Gricio.*)

Aquí yace el poder de la nobleza.

REINA.

(*Dictando.*) 5.º Teniendo por principal objeto las guerras que vamos á emprender, el acrecentamiento de la fé cristiana y la mayor gloria de Dios, para los primeros gastos de aquellas se aplicará toda la plata de los templos. Los ilustres prelados y nuestros contadores, llevarán un doble registro de cuanto entreguen y reciban, para que á su tiempo sea devuelto religiosamente al culto el valor de los objetos de que ahora fuere privado.

(*Sale Covarrubias y dice desde el foro.*)

Señora, el Cardenal.

REINA.

Basta por hoy.

(*Los secretarios se retiran: la Reina recoge los papeles escritos y los examina, mientras el Cardenal acompañado de algunos magnates se la acerca.*)

ESCENA III.

La REINA, El CARDENAL, CABALLEROS.

CARD. ¿No viene á honrar vuestra persona augusta el torneo, señora?

REINA. Al punto voy.

CARD. Vuestra Alteza no ignora lo que gusta al pueblo veros presidir las fiestas, en vuestro honor por la ciudad dispuestas. Ya la lidia empezó: los justadores probando están su arrojo y su destreza, mas como vuestra Alteza aunque el pueblo la llama, no aparece en el régio balcon...

REINA. Qué?

CARD. Desfallece

el indomable brio :
se revuelve á su vez la gente moza ,
y piden veros...

REINA. Bien , vamos , Mendoza ;
no piensen que desdeño
las fiestas presidir que en honor mio
Segovia ha preparado. Con empeño
me ocupo del gobierno del Estado ,
sin tregua ni sosiego ,
y para vos dispuse la tarea
que apuntada vereis en este pliego.
(Se lo entrega.)

Al momento , señor , ponedla en obra ,
que aunque difícil es y el tiempo escaso
cuando bien se aprovecha el tiempo sobra.
CARD. Señora , cumpliré el justo deseo
que indica vuestra Alteza.

CARD.

REINA.

CARD.

REINA.

Enivos confío !
Conoceis mi lealtad...
Cierto : al torneo !

(Se retira la Reina acompañada del Cardenal y de los
caballeros por la puerta central del foro.)

ESCENA IV.

Sale PIMENTEL por la derecha trayendo en una bandeja la
banda bordada por la REINA , cubierta con un paño de seda
y oro. Covarrubias cruza por el fondo.

PIMENT. Ola!... Señor Covarrubias
Eh!... Maestre sala!... no alargue
el paso y acuda pronto.

COVAR. ¿Qué manda el ilustre paje?

PIMENT. Descorra esos pabellones
y deje que le dé el aire
al trono , que antes de mucho
vendrá su Alteza á ocuparle.

COVAR. (Descubriendo el trono.)
¿Tan pronto acaba el torneo?

PIMENT. No sé si temprano ó tarde...
solo sé , buen Covarrubias ,
que vá por demas cansándome
el peso de esta bandeja.

y que voy...

COVAR. Si os pesa, dadme...

PIMENT. *(Dirigiéndose al trono sobre cuyas gradas coloca la bandeja.)*

Quite allá, que á esto no tocan los hombres de su linaje.

COVAR. Tocándolo vos...

PIMENT. Yo puedo

tocarlo, porque es mi padre

el conde de Benavente,

y sobre ser conde, es grande

del reino...

COVAR. Sí, nadie ignora

que sois todo un personaje.

PIMENT. Pues bueno; por eso puedo

tocar las prendas reales.

COVAR. ¿Prenda real en la bandeja?

PIMENT. Y de las mas importantes.

COVAR. ¿Cuál es?

PIMENT. La lujosa banda

con que debe engalanarse

aquel que hoy cumpla méjor

en el guerrero certamen.

La Reina nuestra señora

la ha bordado ..

COVAR. Pues dejadme

que la vea...

PIMENT. No permito

que á ella se acerque nadie,

mientras su Alteza ese velo

que la cubre no levante.

COVAR. No sea ceremonioso.

PIMENT. Quiero.

COVAR. He de verla.

PIMENT. *(Interponiéndose y desnudando la daga.)*

No pase!

ó ¡vive Dios que le escondo

este acero en los hijares!

COVAR. Señor paje!...

PIMENT. Atrás!

(Sale doña Beatriz por la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, PIMENTEL, COVARRUBIAS.

BEAT.

Que ruido!

¿quién osa aquí desmandarse...

PIMENT.

Nadie, soy yo...

COVAR.

(La marquesa

de Moya... Cristo me ampare!)

(Se vá retirando poco á poco hasta que desaparece sin que lo noten.)

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, PIMENTEL.

BEAT.

Y ¿que haces tú?

PIMENT.

Defender

las regias inmunidades.

BEAT.

¿Con daga en mano?

PIMENT.

(Embainando.)

Pues no?

y si tardas mas, la sangre
hubiera corrido.

BEAT.

Cielos!

¿un homicidio!

PIMENT.

Fue un lance

terrible, hermosa Beatriz.

BEAT.

Mas ¿que fué?

PIMENT.

Que ese danzante

de Covarrubias, queria

ver la banda á todo trance,

y yo me empeñé en que no...

BEAT.

¿Y la daga desnudastes?

PIMENT.

Cabal.

BEAT.

¿Y le hubieras dado?

PIMENT.

Yo nunca amenazo en valde.

BEAT.

¡Mirén el rapaz!...

PIMENT.

Beatriz!

no me ofendas.

BEAT.

No me alce

el pajecillo la voz ;
sino quiere que le guarde
tres dias en la leonera.
¡Hay locuelo semejante?
¡Tirar sin mas del acero
en tan sagrados lugares!
como su Alteza lo sepa
yo sé que no has de librarte
de un buen castigo.

PIMENT. Si tú
no se lo dices, no es fácil
que llegue á saberlo.

BEAT. Yo
no debo nunca ocultarle
nada que en desdoro sea
de su casa.

PIMENT. Bien, dá parte
y que se tuerza conmigo,
y que sobre mí descargue
la tormenta... que en seguida
te juro que he de arrojarme
en el foso de cabeza...

BEAT. No harás tal.

PIMENT. Como no calles...
que si callarás... tú tienes
buen alma, y aunque regañes...

BEAT. ¿No volverás ..

PIMENT. Mi palabra...

BEAT. Pues bueno, por esta pase;
pero en castigo no irás
al torneo.

PIMENT. Que me place!

BEAT. ¿No te enojas?

PIMENT. No, porque
me quedaré acompañándote,
que es gracia en vez de castigo.

BEAT. Mucho picas de galante.

PIMENT. Y tú de hermosa.

BEAT. No mientas,
pajecillo; las verdades
son las que Dios galardona.

PIMENT. Pues debe galardonarme
su Divina Majestad,

que eres bella como un ángel.

BEAT. No acabarás?... ven conmigo

- al balcon.
- PIMENT. Iré al instante
para que admiremos juntos
las hazañas de mi padre.
- BEAT. ¿De tu padre?
- PIMENT. Como que es
el que mantiene arrogante
la justa entre los guerreros
que hoy en Segovia combaten.
¡Helo allí enmedio el palenque,
haciendo ostentoso alarde
de sus ganados trofeos!
A todos reta, y ya nadie
se atreve... ¡suya es la banda!
ninguno á su encuentro sale.
(Gritando.)
Ese!... ¡ese es un Benavente!...
que viva mi señor padre!
(Suena un clarín.)
- BEAT. ¡Calla, loco!... ese clarín...
anuncia que vá á trabarse
de nuevo la lid.
- PIMENT. Es cierto,
ya verás que pronto abate
el Conde al nuevo contrario
que pretende disputarle...
- BEAT. Y ¿á dónde el contrario está?
- PIMENT. Allá... junto á los adarves...
el del alazan tostado,
¿no le ves?
- BEAT. Si, sí, buen talle!
¿quién será?
- PIMENT. Ni armas ni mote
en el limpio escudo trae...
- BEAT. Y calada la visera...
y el morrion sin plumaje...
- PIMENT. No tendrá fé en la victoria
cuando recata el semblante.
(Suenan aplausos.)
- BEAT. Ah!... saltó con el caballo
la barrera...
- PIMENT. Bah!... y le aplauden!...
- BEAT. La ha saltado con limpieza.
- PIMENT. Quita allá!.. si eso lo hace
cualquiera que monte bien...

- BEAT. Por eso con tal donaire
la saltó el aventurero.
- PIMENT. Mucho!... y por poco se cae...
- BEAT. No le mires de reojo,
porque hasta el fin nadie sabe...
- PIMENT. Ya están los dos lidiadores
sobre la arena.. Ya parten...
Eh!... señor Conde, cuidado!
á vencer á ese gigante,
y suya será la banda...
(*Algazara en el exterior.*)
Ah!... cielos!... cayó mi padre!
(*Se vá apresuradamente por el foro.*)

ESCENA VII.

BEATRIZ.

Cayó por tierra el buen Conde
de Benavente: el sin par
en la pujanza y destreza...
¡encuentro descomunal!
Lastimado vá, aunque el golpe
no ha sido de gravedad,
porque de sus escuderos
no quiere el brazo tomar.
En tanto enmedio del circo,
y sin descubrir la faz,
revuelve el aventurero
su inquieto, ardiente alazán,
y reta á los paladines
que en torno las ballas hay.
El guante arroja!... ninguno
osa la prenda tocar,
y se retiran del campo...
Hacen bien, porque en verdad
el que ha derribado al Conde
¿á quien no derribará?
(*Se oyen músicas en el campo.*)
Ya deja el balcon su Alteza,
y á su vez los jueces van
á declarar vencedor
al venturoso rival

del Conde. . ¡Cuanto misterio!
¿por qué se obstina en guardar
el rostro?... Calle!... ¿Si el Rey
se nos habrá vuelto acá?
Salir de Segovia anoche
con tanta celeridad...
¿Habrá sido estratajema?
El solo, y ninguno mas
al fuerte brazo del Conde
ventajas puede sacar...
¡Bueno fuera!... se ha picado
á fé mi curiosidad.

ESCENA VIII.

La REINA, BEATRIZ, PIMENTEL, CABALLEROS GUARDIAS.

Preceden á la REINA, GUARDIAS, REYES DE ARMAS y CABALLEROS ARMADOS y en traje de corte, que se colocan á derecha é izquierda y en frente del trono. La REINA toma asiento en él, y PIMENTEL hincada una rodilla le presenta la bandeja que contiene la banda.

REINA. Llegar puede el que ha vencido
en esta justa real.
(*Al son de una marcha guerrera sale este acompañado de los jueces del campo, y precedido de ciento y veinte pajes que se colocan en el fondo. Cuando el vencedor llega al centro de la escena, cesan las músicas y continúa la Reina.*)
Habeis lidiado en mi honor
con esfuerzo singular:
ignoramos vuestro nombre,
vuestra patria, y calidad,
pero los jueces del campo
bajo su voto leal,
por hombre diestro en las armas
y buen caballero os dán.
Venid á cobrar el premio;
enhorabuena llegad,
y aunque antes saber quisiera
á quien destinado vá,
por si os lo veda algun voto

no os pido que os descubrais.

VENCED. Un voto me lo impedía
antes del premio ganar;
pero habiéndolo alcanzado
nada hay que lo impida ya.
(*Levanta la visera.*)

Yo soy Gonzalo Fernandez
de Cordoba; capitan
de ciento y veinte caballos
de mi casa propiedad.
Nuevo soy en vuestra corte,
pero aunque no os vi jamás,
há tiempo que este soldado
con fé saludando está
el astro de vuestra Alteza
desde su antiguo solár.

REINA. Noble Gonzalo Fernandez
de Córdoba; tiempo há
tambien que á las dos Castillas
llegó el estruendo marcial
de las acciones gloriosas
con que vuestro nombre honrais.

Venid, y por recompensa
el corto don aceptad
de esta banda que mis manos
bordaron con harto afán,
para el mejor caballero
de mi corte.

(*Gonzalo desata el casco que entrega á su page de
lanza y se adelanta hasta el trono, en cuyas gra-
das dobla una rodilla mientras la Reina le cine la
banda.*)

GONZ. Siempre irá
sobre mi pecho al combate.

REINA. Que os libre de todo mal.
(*Bajando del trono.*)
Concluyó la ceremonia;
caballeros, despedad.

(*Los caballeros se agrupan y pasean en las gale-
rias del foro. Los guardias y los reyes de armas se
retiran.*)

ESCENA IX.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, GONZALO.

- GONZ. Perdoneme vuestra Alteza
si como nuevo en la corte,
en palabras ó en el porte
cometo alguna torpeza.
Habeis mandado alejar
á la corte que os servia,
y yo con ella debia...
- REINA. No... vos os podeis quedar.
- GONZ. Con tal honra soy feliz...
- REINA. Bien tal honra mereceis:
ademas, que hablar tendreis
con vuestra prima Beatriz,
y no os debo yo privar
despues de tan larga ausencia...
- GONZ. No sé si en vuestra presencia
puedo hacerlo sin faltar...
- REINA. Oh!... si; porque amor nos liga
con un lazo que se apoya
en la infancia.. Es la de Moya
mi mas predilecta amiga.
- GONZ. Conserve Dios la firmeza
de ese lazo, por su bien.
- BEAT. Que él, primo, os guarde tambien
para servir á su Alteza.
- GONZ. Poco vale el campeon;
mas su Alteza, bueno ó malo,
tiene á sus pies, de Gonzalo
el brazo y el corazon.
- BEAT. Mucho disteis en tardar
para ofrecerlos.
- GONZ. Tardé?
- REINA. Tanto, que de vuestra fé
empezamos á dudar.
- GONZ. Pésame, señora mia,
que asi de mi fé dudaran:
dejé que se adelantaran
los hombres de mas valia,
á ofrecer á vuestra Alteza

su rica hacienda sin tasa,
como cabezas de casa
y gefes de la nobleza.
Por eso vino á jurar
de vuestra Alteza á los pies,
mi hermano el noble marqués
don Alonso de Aguilar.
Y por eso á la vez mia
en mi casa abandonada
solo quedé, porque nada
con que brindaros tenia.
Pero á Córdoba el rumor
llegó con celeridad
de que hoy en esta ciudad
se lidiaba en vuestro honor,
y al escape y con deseo
de asistir á la jornada,
vine á ofreceros mi espada...
que es todo cuanto poseo.

REINA. Ella os dió ya los renombres
de fuerte, de valeroso,
y os hace mas poderoso
que lo son mis ricos hombres.
Vuestra espada acepto, si!
y sabré en estimacion
tenerla, porque este don
digno es de vos y de mí.
Que no solo hé menester
haciendas, sino maestros
que formen guerreros diestros
para luchar y vencer.
Hombres .. mejor que tesoros,
que en Dios puesta su esperanza,
con su caballo y su lanza
se entren por tierra de moros.
Almas nobles, bienhechoras,
que marquen de honor las huellas;
brazos que saquen *Estrellas*
de las atalayas moras.

GONZ. Ah!... ¿quien tales nuevas dá
en vuestra corte de mi?

REINA. Gonzalo... se sabe aqui
cuanto haceis vos por allá!
Dejad por ende lo huraño
y el dudar de vuestro porte,

porque aunque nuevo en mi corte
no sois en mi corte extraño.
Tanto y tal de vuestra prez
hablar oí, que aunque os veo
por primera vez hoy, creo
que ya os he visto otra vez.
GONZ. También yo, que siempre lejos
de vuestra ciudad viví:
yo que jamás recibí
de vuestro sol los reflejos...
Cuando hoy atento os miraba,
me pareció que no era,
señora, la vez primera
que vuestro sol saludaba.
Y consiste, pienso yo,
en que á mis solas un día,
volando la mente mia
su grandeza imaginó...
Y hoy que de frente le veo
hallo de tal hermosura
su luz, tan radiante y pura.
cual la pintó mi deseo.

ESCENA X.

La REINA, DOÑA BEATRIZ, GONZALO. El CARDENAL, CABALLEROS y los PAJES de GONZALO en las galerías del fondo.

REINA. Tened... Señor Cardenal.
¿Me buscáis?

CARD. Daros queria
el nuevo pliego que envia...

REINA. Quien?

CARD. El Rey de Portugal.
(*Mientras la Reina le abre y lee, Doña Beatriz dice bajo á Gonzalo.*)

BEAT. Primo, al hablar ten cuidado,
que aqui es fácil un desliz.

GONZ. ¿Por que lo decis, Beatriz?

BEAT. Porque has dicho demasiado.

GONZ. Eso es verdad?

BEAT. Hasta ahora
hablaste como un amante

- hablar pudiera, delante
de su adorada señora.
- GONZ. ¿Tal crees?... ¿que desvarío!...
- BEAT. A los soles deja aquí,
que hablar á una Reina así,
no es atento, primo mio.
- GONZ. Bien, prima... no será atento;
pero en todo lo que hablé,
te doy mi palabra y fé,
de que he dicho lo que siento.
Ni yo sé de que otro modo
quisieras tú que hoy hablara...
- BEAT. En la corte se repara
en todo, Gonzalo, en todo....
- GONZ. Al que mal de mi pensare
y dé en repararme audaz,
pondré del revés su faz
para que mas no repare.
- BEAT. Eso, Gonzalo, es peor...
- GONZ. Pues si eso, y todo, aqui es malo,
no quiere corte Gonzalo....
en el campo está mejor.
Mas que de flores y luces
y de frases rebuscadas,
gusta de andar á lanzadas
con los moros andaluces.
- REINA. Oh!... palabras de villanos!...
¡traición es por vida mia!
- CARD. Señora...
- BEAT. ¡Que....
- REINA. Lo temia!...
- (Al Cardenal.)
Llamad á mis castellanos!
(A una seña del Cardenal vuelven á la escena los
caballeros que están en las galerías.)
- GONZ. Perdonadme si os pregunto...
Pero nublan los enojos
el brillo de vuestros ojos...
- REINA. Sabreis la razón al punto.
Castellanos!... Por su mal,
y ultrajando nuestro fuero,
van hoy á cruzar el Duero
las armas de Portugal.
La tregua rompen: de honor
quebrantan las santas leyes

en mengua de vuestros reyes;
y pensando que el temor
á mi pueblo fiel agovia,
y que postrado se halla,
á dar vienen la batalla
á las puertas de Segovia.
La lucha por fin comienza
y por manejos traidores,
vencidos ó vencedores
suya será la vergüenza.
Oid bien: sin vacilar
recoge el aliento mio
el guante del desafío....
pero antes de contestar
á los injustos desmanes
con que Portugal me humilla...
¡Oh, vosotros, de Castilla
los mejores capitanes:
de puro honor limpio espejo;
hombres de ciencia y verdad...
mi entendimiento alumbrad
con vuestro sábio consejo!
Sí!... y al dar vuestra opinion,
pensad bien que en esta liza
á todo nos autoriza
la ley de nuestra razon.
Siempre mi labio leal
del bien y el mal os advierte:
fiar del reino la suerte
en una lucha campal,
será una lucha de gloria
que eternice vuestro nombre;
pero es ceder, no os asombre,
al portugués la victoria.
Ausente el Rey: con soldados
que aun no saben pelear,
seremos á no dudar
en el campo derrotados.
Encuentro que hay mejor modo
para que todo concuerde:
si con él algo se pierde
al fin no se pierde todo.
La paz que os tiene propuesta,
se puede modificar:
aun es tiempo de tratar

CARD.

sobre ella, y de dar respuesta.

Yo mismo saldré de aquí
á llevarla, si aceptais:
decid cual es la que dais...

REINA. La misma que anoche di!
«No quiero paz que me humilla:
suceda lo que suceda,
no hay quien me obligue á que ceda
ni un átomo de Castilla.»

CAB. Mejor es aquí aguardar
las huestes del enemigo,
y de Segovia al abrigo
su empuje contrarestar.
Aquí podremos seguros
las banderas portuguesas
hacer volar en pavesas
cubiertos con nuestros muros.
Cerremos, pues, la ciudad.

GONZ. (*Con ímpetu.*) Ignoro si hablar me toca...
pero por Dios que mi boca
dirá...

REINA. Sí, Gonzalo, hablad!

GONZ. ¿Qué es paz con quien hace guerra?
¿Qué es fijar aquí la planta
ante el que treguas quebranta
y se entra en estraña tierra?
Hierro al hierro!... pareceres
son estos los mas seguros...
y quédense aquí los muros
para guardar las mugeres.

CARD. Y ¿á un ejército aguerrido
pensais vencer con ultrajes,
ó con la tropa de pajes
que á la corte habeis traído?

GONZ. ¿Pajes, señor Cardenal,
á mis águilas llamais?
por Dios que los insultáis
ó los habeis visto mal.
Irán á los portugueses,
pero antes quiero señor
que los conozcais mejor:
Óla!... ¡á mi los cordobeses!

(*Los caballeros dejan descubierto el fondo, y por el
centro avanzan de los ciento y veinte soldados de
Gonzalo, todos los que permita el local.*)

Estos son mis campeones :
no pajes , sino soldados :
mirad sus rostros quemados...
¡ la tela de sus jubones !
(*Gonzalo desgarró la túnica del que tiene mas cer-*
cano y deja ver la coraza que trae debajo : los de-
mas soldados descubren tambien las suyas.)

REINA.

GONZ.

Ah !
Señora ! con mi espada
tambien os viene á ofrecer
estos que han hecho correr
á los moros de Granada.
Prontos á la lid estan :
son de mi casa vasallos ,
tienen armas y caballos
y á donde yo vaya irán.
Mas fuertes que su coraza ,
han teñido en sangre roja
los torreones de Loja
y los jardines de Baza !
Porque en su ardor juvenil
cuando les mando atacar ;
lo mismo saben lidiar
con ciento , que con cien mil.
Vuestros son ; y si quereis ,
saldremos al campo ahora...
esta es mi opinion , señora ,
y os ruego que la acepteis !

REINA.

Oh ! mi bravo campeón !
vuestra opinion y promesa
oigo con menos sorpresa
que gozo y admiracion !
Aceptó vuestro regalo
de la victoria en abono :
¡ no teme nada mi trono
con héroes como Gonzalo !
Vuestra opinion es la mia ,
y la de todos.

CABALLS.

Sí ! sí !

GONZ.

Pues bien , salgamos de aqui
antes que concluya el dia.
¡ Dad la señal , y al momento
al reino en armas pondreis !
¡ dad la señal , y vereis
como vuela en su ardimiento

cubierta con fuerte malla
y en el cinto la cuchilla,
la juventud de Castilla
á los campos de batalla !

REINA. Pues á lidiar con teson
como buenos caballeros :
mañana con sus arqueros
el Rey vendrá de Aragon ;
y echaremos , á fé mia
de nuestra tierra natal ,
á Francia , y á Portugal ,
y al moro de Andalucía.
Hoy la voz de mi clarín
por la castellana tierra ,
que llegue haré en son de guerra
al mas lejano confín.
¡ A lidiar con fuerte pecho !
solo el valor nos escuda ;
mas Dios será en nuestra ayuda
y en pro de nuestro derecho.
¡ A lidiar ! no haya reposo
hasta arrojar la semilla
que haga brotar en Castilla
un imperio poderoso.
¡ Gloria al Dios de las alturas...
y él os dé por galardón
la gloria... y la bendición
de las edades futuras !
Sus !... al llano , á la montaña ,
y constancia en los reveses.
Gonz. A caballo , cordobeses !
Sus !... ¡ Santiago , y cierra España !

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

GRANADA. — 1492.

SECOND TABLE

1881 — 1882



CUADRO TERCERO.



Un puesto avanzado de tropas del ejército cristiano: centinelas en las colinas de la derecha é izquierda. En lugar conveniente una tienda de campaña, dentro de la cual están bebiendo y conversando los comandantes del puesto: varios grupos de soldados y de mercaderes judíos y vivanderos, circulan por la escena. Al fondo y en lontananza la sierra nevada: en su falda una vista en relieve de los muros y torres de Granada: en la de la Vela está izado el pabellon moruno. Es el amanecer.

ESCENA I.

*En la tienda. PAREDES. FARFAN. BERNALDES. GIMEN.
En la escena. SOLDADOS. MERCADERES. VIVANDERAS.*

SOL. 1.º (*A unos cuantos que están durmiendo sobre el suelo.*)
Arriba!... á poner en punta
los huesos, que ya clarea:
vamos gallegos, que ahora
os toca la centinela.

- (*Los soldados se incorporan y siguen al primero que releva algunos centinelas.*)
- 2.º (*En el grupo de la derecha á un judío.*)
Eh!... Daniel!.. llégate acá.
¿Qué hay de bueno en esa cesta?
- JUDIO. Aceitunas y pan fresco,
arroke, queso, manteca,
dátiles, hilo de cáñamo,
cintas, aguardiente, esencias...
- 2.º No digas mas: aguardiente!
saca al aire la botella
y venga á copa por barba
que yo pago.
(*El judío destapa la cesta y los soldados beben y comen.*)
- 3.º (*En el grupo de la izquierda á una vivandera.*)
Oye, morena!
te quieres casar conmigo?
- VIVAN. Está muy lejos la iglesia.
- 3.º Iremos á la mezquita
de Zoraida.
- VIVAN. No, que en ella
el preste casa á lo moro
y yo soy cristiana vieja.
(*Los soldados del grupo.*)
Já! já! já!
- 3.º ¿Es tambien cristiano
lo que llevas hoy de venta?
- VIVAN. Sí, todo; menos el vino.
- 3.º ¿Es moro?
- VIVAN. Como un Humeya.
- 3.º Pues traelo acá, que si es moro
le cortaré la cabeza.
(*La vivandera les da de beber.*)
- 4.º (*En el grupo del centro.*)
De hielo ha sido la noche,
camarada.
- 3.º Un poco fresca.
- 4.º ¿No mas que un poco, y la escarcha
levanta pulgada y media?
Hum! ; vive Dios... que de frio
no puedo mover las piernas!
- 3.º Porque sois un estafermo.
- 4.º Veremos, señor Babieca
como está vuestra merced

cuando llegue á los cincuenta :
cuando haya dormido al raso
diez años y...

3.º No se ofenda !...

4.º Y haya sufrido tres meses
y dos semanas completas
el penetrante poleo
de esa condenada sierra
cubierta siempre de nieve.
Pero por fortuna vuestra
sois mozo, y venis al baile
cuando concluye la fiesta.

3.º Pues qué! no habrá mas asaltos!

4.º Qué!... si hoy Granada se entrega.
Volvereis á vuestras casas
con las tizonas doncellas...

3.º ¿Quién sabe...

4.º No hay mas quien sabe...
hoy dos de Enero....

3.º Aun ondea

el pabellon de Boabdil
en la torre de la Vela.

4.º Pues dicen...

3.º ¿Qué sabeis vos?

4.º *(Separándose.)*

Dejemos en paz la lengua...

3.º ¿Ha matado muchos moros
su merced?

4.º Perdí la cuenta.

PARED. Villanas murmuraciones,
amigo Farfan, son esas.

FARF. Lo serán... pero eso dicen
de Gonzalo y de la Reina.

Ah!... y á propósito de esto
esperad...

*(Sale á la puerta de la tienda y dice al soldado 1.º
que vuelve de relevar.)*

Eh! Pero-Puerta!

1.º ¿Qué mandais mi capitan?

FARF. Que se coloque un trompeta
sobre la altura de Tarfe,
y que avise en cuanto vea
que sale de santa Fé
la escolta de sus Altezas.

(El soldado parte. Farfan vuelve á su sitio.)

- Pues como os iba diciendo ,
murmuran que se las pelan.
PARED. Pues ¡vive Dios! que si alguno
delante de mí lo hiciera,
á murmurar no volvía
aunque tuviera cien lenguas.
¡Voto á Santiago! Y ¿en qué
se fundan esas sospechas?
- FARF. Eso mismo digo yo ,
Paredes, en vagatelas.
En que de Gonzalo encomia
las arriesgadas empresas...
- PARED. Bien lo merecen del héroe
el denuedo y gentileza.
Pues ¿no le encomiamos todos?
- FARF. Cierto. En que cuando la quema
del pabellon, se abrasó
con él la cámara entera
de la Reina, y fué Gonzalo
el que con gran diligencia
hizo venir desde Illora
trajes y ricas preseas
que aceptó doña Isabel ..
- PARED. Hizo bien, que suyas eran.
BERN. Es verdad.
- GIM. Sí.
- PARED. Porque suyas
son nuestras vidas y haciendas.
- FARF. En que...
- PARED. No más quiero oír
esas infames torpezas ,
porque al escucharlas siento
hervir la sangre en mis venas.
¡Por Cristo! . ¡calumnias de hombres,
peores que mugerzuelas,
y que debieran llevar
en vez de espada una rueca!
- FARF. No os altereis, buen Paredes ,
porque aquí ninguno acepta
esas mentiras.
- PARED. Es que...
- BERN. A beber!
- GIM. A beber!
- FARF. Sea!
- (Apurando una copa.)

- A la salud de Gonzalo.
PARED. Por la gloria de su Alteza.
(*Beben y siguen aparte.*)
2.º ¿Qué se debe Daniel?
JUDIO. Con todo monta cuarenta
maravedís.
2.º Buen judío...
date por ahí una vuelta
y en Granada pagaré,
JUDIO. ¡Dios de Sion!... ¿quién espera...
(*Siguen disputando aparte.*)
3.º Tú no tienes caridad
de los pobres!
VIVAN. No me pesa,
págame lo que has bebido.
JUDIO. ¡Es una infamia...
2.º Anda... ¡pieza!
VIVAN. Me quejaré al capitán.
(*Soldados de uno y otro grupo.*)
Oye!.. Tente!
1.º Quien vocea!
JUDIO. Que me paguen mi aguardiente...
VIVAN. Y á mí el vino!...
1.º Menos gresca!
á vista del enemigo
no se puede ~~fugar~~ pagar... ea!
VIVAN. Pero .. */pagar*
JUDIO. Es qué...
1.º Silencio! ó mando
que os den un trato de cuerda.
2.º Calle!... el loco!..
(*Varios soldados.*)
Ahí viene el loco!..
(*Todos se confunden y amontonan, y miran con curiosidad á Colon que sale con traje humilde y la gorra debajo del brazo: pasa por delante de todos profundamente abismado en sus reflexiones, y después de cruzar el escenario se sienta sobre un peñasco.*)

ESCENA II.

Los mismos. COLON.

2.º Siempre al aire la mollera.

3.º Par diez!... hace calor?

1.º Maese Cristobal!

¿Se viene á ver los muros de Granada?

¿Se ha estado en santa Fé? ¿Cuándo nos damos á la vela?

2.º No entiende.

3.º No oye nada.

COLON. (*Para sí.*)

Cuarenta mil... cuarenta mil ducados

y el apoyo Real... y el mundo es mio!

Liviana humanidad! Oh! que menguados

son los sabios que hallé!... ¡Qué inteligencia

tan mezquina la suya... Desvario

dicen que es el lenguaje de la ciencia...

y locura el audaz, noble ardimiento

del génio... cuya luz romper no puede

las nieblas de su oscuro entendimiento.

Y ¡yo de corte en corte suplicando...

¡Yo de un mundo señor... ¡Voto á los Cielos!...

2.º Murmura?

1.º Sí.

3.º Qué dice?

1.º Está rezando.

COLON. Yo de un mundo señor... mundo ignorado...

¡ignorado por todos los vivientes!

que la mano de Dios me ha señalado

allá!... donde su luz vívida y pura

el can abrasador lanza á torrentes!...

No lo he soñado... no!... que he consumido

por él mi juventud... y al fin le veo

bajo la línea equinocial tendido,

brotando con sus montes á millares,

sus claras fuentes, y eternal verdura

del hondo seno de los bravos mares.

¡Quién me diera un bajel!... Del Océano

las nunca hendidas olas y corrientes

gobernado el timon por esta mano,

salvaria....

(*Varios soldados.*)

Já!... já!...

COLON. (*Reparando en los que le rodean.*)

¿Qué hay, buenas gentes?

Me escuchábais?... ¿tomais por arrebatos
de una cabeza enferma las verdades...

y os reis?... yo tambien... já!... já!... ¡insensatos!

1.º Hoy está de buen aire.

2.º Pero-Puerta

hacedle hablar....

(*Varios soldados.*)

Si!... si!... que nos divierta!

1.º Ha tiempo que no os vemos seor marino:

¿como dejais la costa?... hay marejada?

¿A qué tan lejos de las playas vino...

COLON. No sé. ¿Que tropa es esta?

1.º La avanzada
del campo de la Reina.

COLON. Hermosa estrella
del solio castellano.

¿Es aquella Granada?

1.º ¿Aquella?

COLON. ¿Aquella
la ciudad oriental...

1.º Famosa vista!

¿que tal? ¿la abriga bien sierra nevada?

COLON. ¿Aquella es la ciudad cuya conquista
largos años de afan y tantos rios
de sangre cuesta á los unidos tronos
de Aragon y Castilla? Y ¿aun sus muros
sostienen del infiel los pabellones
y firmes se mantienen y seguros?

¡Ay de mi sin ventura!... los monarcas
para todo lo grande y portentoso,
tesoros sacrifican, y soldados...

y á mí que ofrezco descubrir un mundo
¡nadie me dá cuarenta mil ducados!

1.º Ya vuelve á su manía.

2.º Dale por ella.

3.º y 5.º

1.º

Si!

Mejor seria

que siguierais aqui nuestras banderas
conquistando las torres de Granada,
que siempre valdran mas que esas quimeras.

COLON. Sacrilego! no ultrajes lo que ignoras...
 lo que nunca podrá tu limitada
 comprension entender. ¿Porque avaloras
 en mas esa ciudad medio arruinada
 por el ardiente rayo de la guerra,
 sino sabes aun, yo te lo fio,
 lo que ese muro en su recinto encierra? ..
 ¿Como apreciar podras el mundo mio?
 Donde está ¿sabes tu? Que! encanecieron
 tus ásperos cabellos observando
 el giro universal de las estrellas?
 ¿alguna vez tus ojos se encendieron
 del sol siguiendo las sangrientas huellas?
 ¿de nuestro globo la estension medistes?
 ¿has sentido el terrestre movimiento,
 y en tu seno por dicha ha penetrado
 de Dios un día el soberano aliento...
 Mas ay!... ¿que os hablo yo?... vanas locuras!
 no... mi mundo no veis, que está distante...
 y vosotros, humildes criaturas,
 apenas veis lo que teneis delante.

1.º Trate con mas respeto á los soldados
 de Isabel y Fernando, el señor loco.

COLON. Si... loco!... embaucador!... esos dictados
 me dan los que de ciencia saben poco:
 los que solo comprenden que el buen nombre
 la gloria de su patria idolatrada,
 consiste en derribar cabezas moras,
 cansar un potro y manejar la espada.

2.º A fé que nos maltrata.

3.º Nos humilla.

5.º Que dé satisfaccion de tanta mengua.

1.º Decid vivan los hijos de Castilla.

COLON. A la fuerza... jamás! antes la lengua
 arrancarme sabré.

2.º Pues á las manos
 con él!

COLON. (*Tirando de la espada: algunos soldados hacen lo mismo.*)

A mí!... por Dios, que á todos juntos
 os acuchillo...

SOLDS.

COLON.

Al loco!...

Atras!

(*En el momento de acometerse, aparece Gonzalo y se interpone entre Colon y los soldados. Al propio*

*tiempo se oye á lo lejos el sonido de una trompeta.
Los comandantes del puerto, se levantan y salen
de la tienda.*

ESCENA III.

GONZALO. *y dichos.*

GONZ.

Villanos !

¿Habeis la razon perdido?
¿Acometen vuestras manos
á uno solo... y sois cristianos!
¿de quién lo habeis aprendido ?
Señor.

1.^o

GONZ.

Oh!... no quedarán
impunes, por vida mia,
hechos de tal cobardia!
Paredes! ya no entrarán,
los que hay en esta avanzada,
en la ciudad los primeros:
no!... que entren de los postreros
y sin armas! en Granada.

COLON.

GONZ.

Perdonad... Esto ha de ser...

y no me rogueis, Colon,
que no concedo perdon.

Los que llegaron á hacer
uso tal de sus aceros,
no pueden con atambores
entrar como vencedores,
sino como prisioneros.

Bernaldez! Gimen! Farfan!
á recibir á su Alteza.

(Estos y los soldados se retiran y forman en el fondo.)

COLON.

Tratais con harta dureza
ese ligero desman.

GONZ.

Oh! la dureza no embarga...

dejad que los trate así...
mas ¿cómo os encuentro aquí
despues de ausencia tan larga?

COLON.

Pensé lejos de Castilla
nueva fortuna correr...
pero me han hecho volver

Santangel y Quintanilla:
con su noble proteccion
mi proyecto han escudado,
y en pro de él han trabajado
con la mejor intencion.
Mas sin duda por la ley
del mal que marca mi huella,
su buena intencion se estrella
en la dureza del Rey.

Nada logran.. convencido
de todo partir resuelvo,
y aqui me teneis que vuelvo
de igual suerte que he venido.
GONZ. Sois infeliz por demas.
Y ¿hoy de Castilla salis?

COLON. Cierto.

GONZ. Y del plan desistis?

COLON. Desistir? eso jamás!
Es mi fé mas decidida
de lo que pensais, señor;
de planes de tal valor
se desiste... con la vida.
Cruzaré toda la tierra.

GONZ. ¿Me asombra vuestra constancia!
Y ¿adonde vais?

COLON. Donde? á Francia,
y despues de ella á Inglaterra.
Sí... toda la amarga copa
del desaire apuraré!
iré á las córtes, iré,
que estan al norte de Europa;
y si por sus aguas surco
tan mal como de esta banda,
iré á llevar mi demanda
al imperio del Gran Turco.
Que tal vez los mahometanos
quieran mi mundo tomar...
siquiera por no imitar
la ruindad de los cristianos.

GONZ. ¿Seguro de la jornada
estais, Colon?

COLON. Si por Dios!
tan seguro, como vos
lo estais de entrar en Granada.
Gasté mis años mejores

- en un plan que está acabado...
- GONZ. Pero... ¿fué ya examinado por nuestros sabios doctores?
- COLON. Eso mismo ha sucedido: si, con ellos hablé yo, y mi vasto plan quedó á su opinion sometido.
- GONZ. Y ¿resulta?
- COLON. Que jamás su opinion será la mía: que saben de teología, pero que no saben mas. Que con argucias pretenden probar que mi plan insulta hasta los cielos: — resulta que les hablo y no me entienden. Resulta... que saben poco, y que entre bulla y desprecios, por no declararse necios, me declaran á mi loco.
- GONZ. ¿Todos necios, buen Colon?
- COLON. Acaso no lo serán... pero no entienden mi plan, y para mi plan, lo son.
- GONZ. Les dísteis?
- COLON. Oh!... por completo datos y noticias bartas presenté... menos mis cartas de mar, que son mi secreto. Les dije hácia donde está lo que aun hay por descubrir: les dije donde hay que ir... mas no por donde se vá. Porque sin ser presuncion, ni hablar de ninguno en dolo, eso aqui lo saben solo Dios, y Cristobal Colon.
- GONZ. ¿Es posible que á los sábios no convenzan... vuestro acento, la fé, y el convencimiento que brotan de vuestros labios? Yo sin dudas ni temor os diera, Colon, la palma...
- COLON. Porque vuestra alma... es un alma que no es alma de doctor.

Porque en pos de la victoria
vais: porque sois de mi casta,
y para entenderme, basta
amar como amais la gloria!
Dios que á los sábios humilla;
puede ser que los convenza
algun día... y con vergüenza
recuerden, cuánto á Castilla
de gloria y poder quitaron...
¡que de riquezas perdieron,
por el escarnio que hicieron
de aquello que no estudiaron!
Está bien... no convendrá...
mas voy con el alma llena,
noble Gonzalo, de pena...

GONZ.

Oh!... y partís?...

COLON.

Que he de hacer ya?

¡sí... parto!... y que os guarde Dios:
do quier me lleve el destino,
tendrá este pobre marino
un buen recuerdo de vos.

GONZ.

Oh!... el corazon no me engaña!
me está diciendo que os vais,
y que la gloria os lleváis
de Castilla á tierra estraña.

COLON.

Y os dice á fé la verdad,
pero es fuerza ¿que queréis?

GONZ.

Que quiero? que os aguardeis.

COLON.

No, no!... imposible.

GONZ.

Esperad!

COLON.

Esperar? odio estas leyes:
no quiero mas desengaños:
ya estuve esperando ocho años,
y ni hablar pude á los reyes.
Con la esperanza perdida
yendo de aquí para allá
en esta tierra se vá
gastando mi pobre vida.
Contraigo nuevos empeños
que no me dejan partir...
y quiero antes de morir
ver realizados mis sueños.

GONZ.

Los vereis!

COLON.

¿Que los veré!

GONZ.

Sí, sí! conmigo os quedad...

- un solo día esperad...
yo de todo cuidaré.
- COLON. ¡Que pedis...
- GONZ. Por vida mia,
quien aquí tanto sufrió
y años sin fruto esperó.
bien puede esperar un día...
un día mas no os espone
á nada, y ¿quien sabe... Sé...
- COLON. Si ese día será el que
vuestra esperanza corone?
- GONZ. Está en secreto pactada
ya la capitulacion,
y hoy, si dentro no hay traicion,
entraremos en Granada.
Mañana, aunque el Rey se asombre,
yo, Colon, procuraré
que habléis con la Reina...
- COLON. Y que?...
¿no me han dicho ya en su nombre
que no pueden sus tesoros
darme ni un solo ducado
porque los han agotado
en la guerra de los moros?
- GONZ. Pues bien: traza hay mas sencilla;
si esa esperanza se agosta,
entonces lo hará á su costa
la nobleza de Castilla.
- COLON. Gonzalo!...
- GONZ. Dejadme hacer.
Yo juntaré á mis parientes,
y darán, que son pudientes,
cuanto fuere menester.
Medinaceli: Medina-
sidonia, ricos están,
y bajeles armarán...
- COLON. Oh! brilla en vos la divina
luz de la gloria! ; Ya toco
un átomo de esperanza!...
pero... ¿tendran confianza
en este... á quien llaman loco?
- GONZ. Sí ¡vive Dios! La tendran
y yo con ellos, Colon:
hareis vuestra expedicion

y á todo gasto saldrán.
No dareis á gente extraña
mundos que aquí no quisieron:
no direis que otros hicieron
lo que hacer no supo España.
(*Suenan músicas.*)
Ah!... la Reina.

COLON. El corazon
de vida me habeis llenado...
á Dios... el mejor soldado!
(*Se estrechan las manos.*)

GONZ. Hasta mañana, Colon.
(*Este desaparece. Sale la Reina. Doña Beatriz y el Cardenal, con acompañamiento de caballeros. El Cardenal trae la cruz de plata de la capilla de la Reina: los caballeros, entre otras banderas, conducen los pendones de Santiago y Calatrava.*)

ESCENA IV.

La REINA. DOÑA BEATRIZ. GONZALO. CARDENAL. CABALLEROS
y SOLDADOS.

REINA. Partid, señor Cardenal,
que anhelo ver como brilla
la cruz de mi real capilla
sobre aquel pueblo oriental.
Bendecireis la alcazaba,
y en sus pardos torreones,
hareis fijar los pendones
de Santiago y Calatrava.
Si al llegar á la ciudad
rompen la fé prometida,
y atacan vuestra partida,
no prosigais: avisad
al Rey, que está en la emboscada,
sin la menor dilacion,
y Castilla y Aragon
marcharán sobre Granada.
Partid, señor Cardenal,
con vuestra gente y denuedo,
y ved que sin calma quedo
hasta que hagais la señal.

- CARD. Señora, confianza en Dios.
REINA. Oh!... jamás de él he dudado.
CARD. Haré lo que habeis mandado.
REINA. Tambien lo espero de vos.
(*Se retira el Cardenal y le siguen los caballeros que llevan los pendones de Santiago y Calatrava, y algunos soldados.*)

ESCENA V.

La REINA. BEATRIZ. GONZALO. *En segundo término,*
CABALLEROS Y SOLDADOS.

- REINA. ¿Será verdad, Beatriz? ¿Lucirá el día,
después de tanta lucha encarnizada,
en que la cruz del Redentor se ostente
sobre los muros de la infiel Granada?
Ay!.. que tanto lo anhele, Beatriz mía,
que un siglo me parece cada instante
que sin traerme la victoria vuelva.
(*Señalando á Granada.*)
Ves aquel pabellon?
- BEAT. Ya vacilante
está sobre la torre de la Vela:
vencida ya, postrada su fortuna,
pronto, Señora, ante la cruz de Cristo,
por siempre se hundirá la media luna.
- REINA. Aun temo de esa gente la falacia...
si obrara bien y con palabras ciertas,
al asomar las luces de la aurora,
abrir debió de la ciudad las puertas:
rendir su pabellon, y no arrogante
izarlo sobre el asta en desafio
del poder de mi hueste vencedora.
- GONZ. Basta de sangre ya, basta Dios mio!
Si obrara con traicion: si atropellara
á uno solo no mas de los soldados
que lleva el Cardenal, bajo el seguro
de la sagrada fé de los tratados:
si vuestro real enojo no le arredra
y á las armas acude... entonces os juro
que no ha de quedar piedra sobre piedra
ni en la ciudad ni en el rebelde muro.

Pero nada temais: he penetrado,
Señora, veces mil en su recinto,
y al son del batallar miré asombrado
escombros, destruccion, el suelo tinto
por los torrentes de la sangre mora,
y mas de un rostro hallé triste marcado
con las huellas del hambre asoladora.
¿Qué defensa han de hacer? No!... la promesa
de su Rey cumplirán, y vos, Señora,
coronada vereis vuestra alta empresa.

REINA.

¡Oiga tu voz el cielo soberano!
¡Cuánto debo al esfuerzo generoso
del brazo aragones y castellano,
tan firme, tan leal, tan victorioso!
¡Cuanto le debo ¡ay Dios! y á la vez ¡cuánto
á vosotros tambien!... Tú, Beatriz mia,
me has seguido á los campos de batalla
intrépida y valiente!
Tú Gonzalo inmortal... tú!... rayo ardiente
de mi noble, sin par caballería...
por librar del peligro mi persona,
vuestras vidas los dos con pecho fuerte
despreciasteis..., los dos!... los dos un día
estuvisteis en brazos de la muerte!
Jamás lo olvidaré!... ¡Cuánta ventura
hoy logro disfrutar! Luce sereno
de mi esperanza el sol tras noche oscura:
la discordia estinguí de entre los míos:
todos se estrechan con placer las manos,
y vencen, y la union dobla sus bríos...
He aquí los pueblos cuando son hermanos!
(*Rumor entre las tropas. Sale PAREDES.*)
Mas ¿qué rumor...

GONZ.

Qué es ello?... hablad, Paredes.

PARED.

Ha llegado, Señora, á la avanzada
un lucido escuadron de gente mora
con el Rey de Granada,
y pide hablaros...

REINA.

Ah!... llegue en buen hora.
(*Beatriz y Gonzalo se colocan á los costados de la Reina. Los caballeros detrás: la tropa continúa formada. Sale Boabdil con acompañamiento de moros: uno de ellos trae en una bandeja las llaves de la ciudad.*)

ESCENA VI.

La REINA. BEATRIZ. GONZALO. CABALLEROS. BOABDIL. MOROS.

SOLDADOS CRISTIANOS.

BOABD. ¡Oh, de Castilla tú la vencedora
hurí, de cuya frente nace el día:
la de los ojos claros: la Señora
de tantos pueblos como arenas cria
la mar, asombro de mi raza mora:
luz que al cristiano á la victoria guía:
delirio de tus fuertes escuadrones...
¡tú la Reina de tantos corazones!
A tí que fijas la imperial mirada
sobre el destino y sus misterios sabes,
el último rey moro de Granada
viene á entregar de su ciudad las llaves.
Mi oferta cumplo .. al Africa abrasada
con los míos iré y mis penas graves!...
¡goza tú la ciudad que yo he perdido!...
escrito estaba... Alá así lo ha querido!

REINA. Al Africa vé en paz, ya que no quieres
mi hospedaje aceptar, y entre los tuyos
vencido ó vencedor vivir prefieres.
Pero... escucha... ¿Como es que de la Vela
sobre aquel torreón está sombrío
el estandarte de Boabdil izado?
No lo rinden?

BOABD. El pueblo que fué mío
no lo quiere abatir... desesperado
al mirarme salir, tomó las armas,
y á los tuyos despues...

REINA. ¡Qué dices moro!
¡embistió con mis gentes?... y ¡que ha sido...
que fué del Cardenal!...

BOABD. Reina .. lo ignoro.

(Disparan un cañon en los muros de Granada. Baja el pabellon moruno, y le reemplaza la cruz de plata de la Reina. Sobre las otras torres aparecen los estandartes de Santiago y Calatrava. El cañon del campo cristiano hace salva sin interrupcion hasta la conclusion del cuadro.)

- REINA. Ah!... cielos... allí está... ¡mi cruz sagrada!...
- GONZ. ¡Viva la Reina!
- CRISTI. Viva!
- BOABD. (*Retirándose con los suyos.*) ¡Ay... mi Granada!...
- REINA. ¡Gloria á Dios, que nos deja ver el día
en que vierte su luz el Evangelio
por igual en la Ibera monarquía!
¡Oh, sombra de Pelayo venerada!
desde el alto peñon de Covadonga
mira aquella ciudad!... ¡Nada te inquiete...
que en su vega oriental quedó vengada
la jornada fatal del Guadalete!
Tú empezastes la lid... de tus sudores
el fruto España con afán apila...
¡Sobre tu lecho funeral de flores
y de eterno laurel... duermes tranquila!
¡Paz á Castilla y Aragon!... Su espada
victoriosa descanse... ¡no mas guerra!
¡á Granada, cristianos!
- Todos. ¡A Granada!
(*Rompen las músicas del ejército cristiano en un himno triunfal, y cae el telon.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO.



CUADRO CUARTO.



Salon árabe en el palacio de la Alhambra: puerta en el foro; otra á la izquierda del espectador. Un balcon á la derecha.

ESCENA I.

REINA. BEATRIZ.

REINA. (*Escribiendo.*)
¿Quién espera?

BEAT. A fuera está
Gonzalo.

REINA. Está solo?

BEAT. Sí.

REINA. (¿Tan de mañana... y por mí
preguntando viene ya?)

- (*Deja la pluma y apoya la frente en la palma de la mano. Un momento de pausa.*)
- BEAT. (¡El Cielo santo me escuda!
Qué es esto? ¿Por qué su Alteza
al hablar de él, la cabeza
dobla... y pensativa, muda...)
- REINA. ¿Dices que me quiere hablar?
- BEAT. Oh!... sí!...
- REINA. Y ¿ha de ser ahora...
- BEAT. Eso pretende, Señora.
- REINA. (*Levantándose con resolucion.*)
Deja á Gonzalo pasar.
- BEAT. (*Retirándose.*)
(¿Está con él enojada?)

ESCENA II.

REINA.

Que pase en buen hora .. si!
por qué esta sorpresa... á mí...
que no me sorprende nada!
¿Por qué no he de hablar con él?
¿quién á Gonzalo negó...
¿no es un caballero?... Y yó!
¿no soy la Reina Isabel?
Á veces el pecho mío
se agita mas que quisiera...
y... no sé por que se altera...
¿esto es sueño... es desvarío...
Isabel!... no... corazon...
perdona si te acusé...
ya sé, corazon, ya sé
que en ti no cabe traicion.
Ólvida esa duda vana
y aspiremos sin afan
el céfirillo galan
del jardin de la Sultana.
(*Se apoya en el antepecho del balcon y sale Gonzalo por el foro.*)

ESCENA III.

REINA. GONZALO.

GONZ. Señora, que os guarde el Cielo.

REINA. A dios capitan bizarro.

GONZ. ¿Qué miráis con tanto anhelo?

REINA. Ese tapizado suelo
de las orillas del Darro.

¡Prados de perpetuo abril!...

¡qué mágica variedad!

allá... la palma gentil

juega en dulce vaguedad

con el ambiente sutil.

En trenzas mil desatados

arroyos aquí parleros:

cipreses allá, y granados,

y bosques de perfumados

naranjos y limoneros.

Do quiera la vista gira

á lo lejos, contrastada

halla la tierra que mira...

el fuego de sierra Elvira

lo apaga sierra-Nevada.

Sobre esta, nubes de oscuro

amarillento color:

sobre aquella, el grato albor

de ese cielo encantador

como ningún cielo puro.

Oh! comprendo la obstinada

defensa ruda, mortal

de los moros; que es Granada

una ciudad obstinada,

un paraíso oriental.

¿Has visto nada mas bello?

GONZ. Para moros... en rigor,

cierto que es encantador;

mas para vos, todo ello

aun pudiera ser mejor.

REINA. Lisonjero!

GONZ. No en verdad:

tengo en mucho esa corona

que ganó la cristiandad;

extremada

pero en mas la magestad
de vuestra augusta persona.

Oh!... no á lisonja tomeis
que al hablar de esos tesoros
que vos tanto encareceis
diga que mas mereceis
que merecieron los moros.

Porque de pensarlo así,
años ha que yo, Señora,
pruebas sin réplica os dí,
y no dudareis ahora...

REINA. Es cierto; me has dado, sí,
con ellas y tus soldados,
mas de un día la victoria;
¡tus altos hechos de gloria
eternamente grabados
vivirán en mi memoria!

GONZ. Tampoco en este momento,
Señora, ha sido mi intento
de tales hechos hablar,
ni haceros hoy recordar
mi escaso merecimiento.

¿Qué valen esas acciones,
ni de esa vega los dones
que el sonoro Jenil peina,
para una Reina, que reina
sobre tantos corazones?

REINA. Galán estás y sutil
con el sonoro Jenil....

GONZ. Al daros esta ciudad,
así os lo dijo Boabdil...
y os dijo, á fé, la verdad.

REINA. Bien, Gonzalo... podrá ser....
mas no demos tanta mano
á la verdad de un pagano...
¿Cómo hoy te has dejado ver
en la Alhambra tan temprano?

GONZ. La molestia perdonad...
fiado en vuestra bondad,
vine á hablaros de un asunto
que juzgo de gravedad.

REINA. Fíaste bien... dime al punto
que es ello, Gonzalo.

GONZ. Es
que bajo mi proteccion

- hoy tomé la pretension
que tiene aquí un genoves
dicho Cristobal Colon.
- REINA. Colon... Colon?... cierto; oí
hablar de Colon aquí,
y de un proyecto profundo...
¿no es ese el que ha dado... sí!
en que ha de hallar otro mundo?
- GONZ. El mismo que en eso ha dado,
Señora, habeis acertado.
- REINA. Y qué quieres?
- GONZ. Que le oigais
os pido, y que resolvais
despues de haberle escuchado.
- REINA. En Dios y nuestra conciencia
que lo que pides no es poco...
- GONZ. Conté con vuestra clemencia...
- REINA. Sí... pero dar una audiencia
á Colon... ¿pues no está loco?
- GONZ. Yo no me atrevo á afirmar,
Señora, nada en contrario;
pero os puedo asegurar
que si es loco, á no dudar
es un loco estraordinario.
Un loco de mucha ciencia,
de luces, de buen acuerdo,
y bien dispuesta presencia:
un loco, que mas de un cuerdo
quisiera su inteligencia.
Tan hábil en la marina
como de firme teson:
hombre de fé y corazon;
hombre que hablando fascina...
este es Cristobal Colon.
- REINA. Mucho su valor será
cuando tu labio me dá
tales informes...
- GONZ. Oh!... sí!
- REINA. Y ¿ese hombre en mi corte está,
Gonzalo, y aun no le ví?
- GONZ. Años ha que el buen marino
de vuestra huella vá en pos...
- REINA. Me ha buscado?
- GONZ. Sí, por Dios;
pero su fatal destino

- REINA. Llegar le impide hasta vos.
Nada de eso me dijeron...
GONZ. Porque en poco le tuvieron;
pero como vos le habeis,
sé que de él mas caso hareis
que vuestros sabios hicieron.
REINA. Tiendes bien tu noble mano...
á Colon...
GONZ. Y en ello gano,
y habeis tambien de ganar
como le llegueis á dar
vuestro apoyo soberano.
REINA. Le oiré... ya que decidido
le apoya tu labio fiel...
¿tanto, di, te ha convencido?
GONZ. Tanto, Señora... que os pido
que me dejeis ir con él!
REINA. Que dices!... con él? ¿que horror!
eres de los mas osados...
pero ¿tendrías valor
para esponerte al furor
de mares nunca surcados?
¿Que hombre es ese... que portento
que así ha logrado exaltar,
Gonzalo, tu pensamiento?...
Oh!... quiero hablarle al momento.
GONZ. Al punto le vais á hablar.

ESCENA IV.

REINA.

Partir con él!... mi atencion
mucho esta súplica llama...
cuando á partir se decide
con él la mejor espada
de mis reinos... el caudillo
de mas gloria y esperanza,
no hay duda, estará seguro
de vencer en la demanda.
Eso que llaman quimera
mis sabios de Salamanca,
¿será una verdad recóndita

para la ciencia velada,
de esas verdades que solo
revela Dios á la santa
inspiracion?... Asimismo
se espresa en sus doctas cartas
Fray Juan Perez de Marchena
nuestro guardián de la Rabida...
¿ Quien sabe?... De ese marino
la tenacidad me pasma...
Le oiré, si... De todos modos
es la empresa temeraria,
y no será, no! Gonzalo
quien sus peligros comparta.
Lanzarse sobre un bajel
á regiones ignoradas...
fiar su noble existencia
á huracanes y borrascas...
él!... tan galán y brioso,
á quien las infieles armas
tantas veces respetaron
en los campos de batalla...
¡ Jamás le daré mi venia!
antes que él, primero vaya
toda Castilla!...
(*En tono de recomencion.*)

Y por qué
en pro de él solo esta gracia?
aquí las vidas de todos
¿ no son de igual importancia?
todos con él ¿ no se deben
á las glorias de su patria?
¡ Todos., si!... ¡ todos iguales
de su Reina ante las plantas.
Mas ¿ quien llega?... Ah!... vos...

ESCENA V.

REINA. REV.

REY.

Señora

REINA.

¿ os sorprende mi llegada?
Pláceme que hayais venido
porque hablaros deseaba

de un grave asunto.
REY. Muy grave
será de lo que se trata,
porque á la verdad, Señora,
os hallo asaz agitada.

REINA. Mi agitacion no os admire...
trabajando desde el alba
estoy...

REY. Eso es demasiado,
vuestra Alteza no descansa,
y veo con sentimiento
que su salud se quebranta.

REINA. El cielo fuerzas me envia...

REY. Mas...

REINA. Nuestro deber lo manda.
Dios que en la tierra nos dá
tanto poder, gloria tanta,
tambien nos impone en ella
obligaciones sagradas.

REY. No las ignoro... y procuro
en cuanto puedo llenarlas;
pero vuestra Alteza en esto
como en todo es estremada,
por demas escrupulosa
y severa...

REINA. Nada basta,
Señor, si á todo atendemos:
por un instante de calma,
nuestros súbditos pudieran
verter abundosas lágrimas:
en un hora de solaz,
podemos ver malogradas
empresas que en honra sean
de la prez de nuestra España.
Y ya que de empresas hablo...
cuando llegasteis pensaba
en una que vos y yo
hemos mirado con harta
indiferencia.

REY. No alcanzo...
de cual hablais?

REINA. Ya olvidada
la tendreis... hablo, Señor,
de aquella empresa tan vasta
que acometer se propuso

ese genovés que llaman
Colon...

REY. Es cierto; llegué
como decís á olvidarla,
porque facilmente doy
al olvido las patrañas.

REINA. ¿Ese concepto os merece
la marítima jornada
del genovés?

REY. Sí señora,
y en mi opinion me acompañan
los mas ilustres cosmógrafos
que dan á Castilla fama.

REINA. No obstante, debeis saber
que en su pro tambien hay varias
opiniones respetables
que equilibran la valanza.
Santangel y Quintanilla,
nuestro guardian de la Rabida,
el gran Cardenal Mendoza...

REY. Son gentes que se entusiasman
con lo nuevo... hombres á quienes
cualquiera invencion arrastra.
No fieis mucho de aquellos
que ligeramente pasan
por todo con tal que pueda
ser grande...

REINA. Mas... ¿si acertaran!
si Dios hubiera tocado
en sus corazones... ¿cuenta
de nuestra patria seria
la gloria si coronada
viéramos tan alta empresa!

REY. Y ¿cuántas las carcajadas
de Europa al vernos correr
tras de ilusorios fantasmas!
No deis en ello, Señora,
ni mas consagreis vuestra alta
atencion á un imposible...
ese mundo de que os hablan
vuestros crédulos amigos,
existe solo del nauta
genovés, allá en la mente
enferma ó estraviada.
Pero aunque no fuera así:

aunque ya no se tratara
de una quimera, el estado
de nuestros reinos demanda
que realicemos en ellos
lo mucho que hacer nos falta.
Harto hemos ya conquistado:
hoy nos resta la mas árdua
tarea; la de afirmar
la paz y la confianza.
Las guerras han consumido
los tesoros que guardaban
las arcas Reales: ya es fuerza
que demos una mirada
á mi reino de Sicilia
que abandonado se halla.
En Nápoles y en su golfo
sin rival impera Francia,
y van sus armas en breve
á invadir toda la Italia.
Que defender tiene allí
sus derechos nuestra casa,
y allí las leyes de honor
y las del deber nos llaman.
Vuestra prudencia medite
si en medio atenciones tantas
es conveniente prestar
oídos á las palabras
de ese buen aventurero
que delira, ó nos engaña.
Cuidemos de conservar
lo que una vez nuestras armas
conquistaron, y olvidemos
esas quiméricas fábulas.
Esto os aconsejo: ahora
haced lo que mas os plazca,
si acaso esta opinion mia
no os convence ó no os agrada.
(*Entra en el aposento de la izquierda.*)

ESCENA VI.

REINA. *despues* GONZALO. COLON.

REINA. Dice bien: á su opinion
con harto pesar me adhiero...
debemos pensar primero
en Castilla y Aragon.
Y además... si por mi daño
averiguamos despues
que es el plan del genovés
solo un delirio, un engaño...
(*Breve pausa.*)

Pues bien: con seguridad
y de una vez saber quiero
si está loco, ó si mañero
nos oculta la verdad.

(*Salen Colon y Gonzalo.*)

GONZ. (*Bajo.*) Vedla allí... con entereza
habladla, Colon.

COLON. Si haré.

GONZ. Señora?..

REINA. Gonzalo, ve
á saludar á su Alteza.

(*Entra en el aposento de la izquierda.*)

ESCENA VII.

REINA. COLON.

REINA. (*Contemplándole.*)

(Buen talante... en su favor
habla esa frente elevada...
y hay en su limpia mirada
inteligencia, valor.)

¿Eres tú la maravilla
á quien Gonzalo encarece?

¿El hombre tenaz que ofrece
un nuevo mundo á Castilla?

¿El que ha sido origen y es
de tanta opuesta opinion...

- COLON. (*Doblando una rodilla.*)
Yo soy Cristobal Colon,
que humilde os besa los pies.
- REINA. Con grande interés te admito
en esta audiencia...
- COLON. Señora,
el favor que alcanzo ahora,
años ha que solicito.
Solo Dios puede apreciar
cuanto sufrí... mas sin duda
hoy mi destino se muda,
pues logro hasta vos llegar.
- REINA. Levanta, Colon, del suelo,
porque estar en él no debe
quien á dirigir se atreve
á nuevos mundos su vuelo.
- COLON. (*Se incorpora.*)
Señora... si habláis así...
si participais tambien
del irónico desden
que en tantos labios oí;
si pensais que de Colon
enfermo el cerebro está...
¡oh Reina! en vano será
que canse vuestra atencion.
- REINA. Colon... me sorprende mucho
esa advertencia, y á fé
en que la fundas no sé,
pues que te llamo y escucho.
- COLON. Perdonad mi extraño porte;
con él no os quise faltar,
como educado en la mar
entiendo poco de corte:
¡tantos son los que halagaron
mi esperanza tal cual es...
y ¡tantos los que despues
de ella impíos se burlaron!
que pienso que burlas son
las lisonjas que á mi oído...
- REINA. Veo que me has confundido
con la vulgar opinion.
- COLON. ¡No os ofendieron mis labios...
- REINA. Mas tu pensamiento inquieto,
me juzga... está bien: respeto
hasta el desaire en los sabios.

COLON. Señora !

REINA. Pero verás
despues de hablarme y oirme,
que la has errado al medirme
con tan mezquino compás.
Sé muy bien, por mi fortuna,
que es mas sublime en su esencia
la magestad de la ciencia
que la alteza de la cuna.
¿Entiendes bien lo que digo?
¿Conócesme ya mejor?
háblame, pues, sin temor
de burlas, Colon amigo.
No como á una Reina ya;
sino como á una muger
que reverencia el saber
adonde quiera que está.

COLON. Oh!... que ese rasgo os levanta
al cielo! teneis razon...
vuestras palabras no son
de Reina, son de una Santa!
¿Que venturoso me haceis
mi humildad honrando así!...
os lo diré todo... sí!
y vos me comprendereis.
Vos ¡Oh Reina bienhechora!
me comprendereis bastante...
¡Oh, sí!... porque vais delante
de nuestro siglo, Señora.
Mas de vuestra huella en pos,
¡Colon os sigue el primero...

REINA. Bien, Colon; así te quiero...
habla en el nombre de Dios.

COLON. Pues que enchis de aliento ahora
mi esperanza, á vuestra Alteza
á hablar voy con la franqueza
que exijis de mi, Señora!
Es de menor importancia
el mal que causa á mi ver
la ignorancia del saber,
que el saber de la ignorancia.
Oye el que ignora y aprende;
pero con rebelde labio,
el que presume de sabio,
rechaza lo que no entiende.

En su orgullo, su opinion
es la buena: si él no ve,
no hay nada, porque la fé
no mora en su corazon.
Por eso á mí poco á poco,
como no me han entendido,
su modestia ha concluido
por declarar que estoy loco.
Loco ya... ¿quien hace caso
del capricho de un demente?...
es claro... así facilmente
los cuerdos salen del paso.
Mas ¿por qué exigir al mundo
mayor justicia? ¿Que idea,
siendo nueva, hay quien la crea?
¿Que pensamiento profundo
no tuvo travas mezquinas?
¿Que verdad no ha sido error...
¡el mundo dió al Redentor
una corona de espinas!
En su vanidad pretenden...

REINA. Pero molestandoos voy...
No!... Colon, habla; yo soy
de las que escuchan y aprenden.

COLON. ¡Bien haya, Señora mia,
ese bondadoso anhelo
conque os ha dotado el cielo!
En su vanidad, decía,
los hombres no creen el bien,
ni lo aceptan sus antojos,
hasta que con manos y ojos
la verdad palpan y ven...
No saben mas que negar...
y ¡todo me lo han negado!
Señora... á mi! que he llegado
á encanecer en la mar.
Que mientras en fiera guerra
los elementos chocaban,
mis cálculos abarcaban
cielos y mares y tierra...
A mí que estudié y medí,
y al cabo la forma hallé
de la tierra, y empecé
mi plan, y lo concluí...
Ellos!... que en nada meditan...

ellos!... que entre sombras moran...

¡que hasta las leyes ignoran
del planeta en que se agitan!...

Mas ¿que importa su desden
y ultrajes... ¡nada por Dios!

al fin os encuentro á vos
que sois el génio del bien!

Perdonad si mi relato
por largo os llega á cansar...

es fuerza,... os debo probar
que no soy un insensato.

Lo manda asi mi destino,
y cumplo con él... ahora

¿quereis que os hable, Señora,
de mi plan como marino?

Pues sea con brevedad
y basta ya de protestas:

mis cartas de mar son estas;
este es el globo—mirad.

(Saca varios pergaminos. Desdobla sobre la mesa uno de ellos, en el que está trazado el mapa mundi, sobre el que hace las siguientes explicaciones midiendo y apuntando con un compas.)

Asia... Europa... ¿las veis?

Si.

REINA.

COLON.

Este es el suelo africano:
contemplad del Océano

la inmensa estension aquí.
Dicen que esto solo encierra

el globo, y dan bien contados
trescientos sesenta grados

al ámbito de la tierra.
Pero resulta medido

segun las leyes del arte,
sobre una tercera parte

de mundo desconocido.
Mis cálculos la avaloran

en grande riqueza y gente,
y esta parte, está al Oriente

cuyos límites se ignoran.
Ved esta línea que cierra

á Oriente y Poniente juntos,
y hallareis por estos puntos

la redondez de la tierra.
Porque es redonda y cabal,

seguro!... si no lo fuera,
turbaria de la esfera
el concierto universal.

Pues bien: siendo así, veamos
si de hallar la tierra hay traza...
cuanto mi compás abraza
es la tierra que buscamos.

Aquí está... aquí mi señal
la tiene ha tiempo marcada...

¡Vedla, Señora!... cortada
por la línea equinocial.

Tanto se estiende hácia el Sud,
que baja hasta los cincuenta
y dos grados, por mi cuenta:
y en punto á su latitud

Norte, marcar puede solo
Dios la que le corresponde...

tan alta vá, que se esconde
entre los hielos del polo.

Fijada ya... solo quiero
que los rumbo's observeis
(*Desdoblando algunas cartas.*)

aquí en mis cartas teneis
señalado el derrotero.

Navegando al Occidente,
de Atlante cruzando el mar,
yo me propongo encontrar
los límites del Oriente.

REINA. ¿Cruzar el grande Océano!...

Y eso ¿podrá ser, Colon?

COLON. Para la fé y la razon

cualquiera camino es llano.

Con ellas ¿qué os maravilla?

¿qué glorias no habeis logrado?

con ellas habeis lanzado

á los moros de Castilla.

Pues con ellas, no me ofusco,

cruzaré ese inmenso mar,

y en su confin he de hallar

la pingüe tierra que busco.

Azares tendrá sin duda

tan dilatado camine...

mas Dios le dará al marino

en las borrascas su ayuda.

Dios, Señora, en el misterio

de su poder, salvará
mi nave, y la llevará
del uno al otro hemisferio.
Allá una vez... sobran modos
de alcanzar justo renombre:
allá una vez, no os asombre,
habrá gloria para todos...
Para todos!... sí Señora;
pues do quiera que arribemos
de Cristo proclamaremos
la doctrina salvadora.

REINA. Oh!... basta... basta, Colon!

tus cálculos, aunque quiero,
no puedo seguir, no... pero
me llenas de admiracion.

No alcanza mi ceguedad
nada en estudios tan graves...
pero comprendo que sabes
y que dices la verdad.

Sí!... yo en tus palabras creo,
ricas de fé, de elocuencia,
y tambien en la existencia
de ese mundo, porque veo
que en tu frente el genio brilla...

pero ; ay Colon!... ; ay de mí!

¿Qué me es dado hacer por ti?
; está tan pobre Castilla!

(Breve pausa.)

¿ Cuánto necesitarás
en tu empresa por ahora ?

COLON. Un cuento á lo mas, Señora,
de maravedis.

REINA. No mas?...

Calla!... no mas?... ; me consuelas !

Y... ; podrás ir...

COLON. Y volver :

con él os puedo poner
sobre el mar tres caravelas.

Me basta...

REINA. Pues bien... Colon...

está exhausto mi tesoro....
mas de mis joyas el oro
monta doble... ; tuyas son!

COLON. ; Oh, Reina!... ; qué proponeis?...
permitid que vuestra planta

bese...
REINA. No, Colon, levanta...

ESCENA VIII.

REINA. REY. GONZALO. COLON.

REY. Señora... ¿qué es lo que haceis...

REINA. Qué? dar á besar mi mano
y rogar que se levante,
á mi supremo almirante
en las aguas del Océano.

REY. Qué razones justifican?..

REINA. Es largo para contado...
las razones que me ha dado,
se sienten, mas no se espican.

REY. Acato vuestro fervor...
y pues que así resolveis,
se entenderá que lo haceis
por vos sola...

REINA. Si señor.

REY. Reciba mi parabien
Aragon... pues de ese modo...

REINA. Castilla lo arriesga todo,
nada Aragon.

REY. Está bien.

ESCENA IX.

REINA. GONZALO. COLON.

REINA. Vendrás á verme, Colon,
esta noche, y quedarás
despachado: emprenderás
mañana tu espedicion.

GONZ. Y yo con él!... ¿no es verdad
que vos me lo permitis?

REINA. ¿Partir con él!...

COLON. Que pedis!

¡ah, Señora!... perdonad...
peró no espongaís por Dios
su vida.. (A Gonzalo.) que al mar no salen

señor, los hombres que valen
lo que en tierra valeis vos.
Ya sé que no os maravilla,
ni asombra el furor del mar;
mas puede necesitar
de vuestra espada Castilla,
y aquí vuestro bien se encierra:
dejadme en el mar á mi,
que yo para el mar nací,
como vos para la tierra.
Y esto os dice el alma mía,
porque es hoy vuestra deudora...
Le debo tanto!... Señora,
que á nó estar vos le daría,
aunque en gloria no le igualo,
un estrecho abrazo aquí...
REINA. Abrazaos, hijos, sí!
; digno es Colón de Gonzalo!
(*Se abrazan y cae el telón.*)

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

1748

TERCERA PARTE.

BARCELONA. — 1493.

TECHNICAL

— 1997 —



CUADRO QUINTO.



Cámara del Rey en el antiguo palacio de los condes de Barcelona: puerta en el fondo: otra secreta á la derecha. Aparecen, el Rey sentado en un sitial junto á una mesa cubierta de papeles, y el Cardenal en pie al lado opuesto de la misma.

ESCENA I.

EL REY. EL CARDENAL.

- REY. No hay nada ya que temer
por mí, señor Cardenal;
mis peligrosas heridas
cicatrizándose van,
y puedo de los negocios
con vos despacio tratar.
- CARD. Ya veo que vuestra Alteza

fuera de peligro está,
y que Dios calma por fin
nuestro solícito afán.

REY. En grande aprieto estuvimos:
nunca esperé que tan mal
me recibiera mi pueblo
de Barcelona.

CARD. Pensad
que no ha sido Barcelona
la que el sangriento puñal
osó contra vuestra vida
un momento levantar;
sino un infeliz anciano,
cuyo trastorno mental
solo, á tan horrendo crimen
le pudo precipitar.

REY. Demente estaba?

CARD. Señor,
ese informe es el que dan
los doctores.

REY. Bien: y ¿el reo?

CARD. Está justiciado ya.

REY. ¿Qué decis!... por vida mia...
¿á un demente justiciar?

CARD. Ha sido fuerza... y en vano
quiso la santa piedad

de la Reina perdonarle...
porque el pueblo catalán
furioso con ese crimen
que manchaba su ciudad,
pidió un ejemplar castigo
para que nunca dudar
pudierais de su nobleza
y acrisolada lealtad.

REY. Y ¿á su lealtad, buen don Pedro,
sacrifican... ¡bien está!...
ya no hay remedio, y día
de ello á Dios responderán.
Decid, ¿qué nuevas tenemos
de Italia?

CARD. Son en verdad
poco gratas: los franceses
amenazan á Milan,
y á Venecia, y á Sicilia...

REY. Van siendo de gravedad

sus conquistas, y debemos
sin perder tiempo enviar
nuestras tropas, dirigidas
por un hábil capitan.

Veamos esos despachos...

Pero... alguien llega .. ¿quién vá!

(Sale la Reina por la puerta secreta.)

ESCENA II.

La REINA. El REY. El CARDENAL.

CARD. La Reina!

REINA. Cómo!... Señor...
habeis llegado á olvidar
que aun no estais restablecido?
Dejad, os ruego, dejad
los negocios; vuestra esposa
disfruta salud cabal
y vela por vos.

REY. Admiro
la pasmosa actividad
de vuestra Alteza... no obstante
debo á mi vez procurar
aliviaros...

REINA. Ya lo hareis,
y mas pronto, cuanto mas,
Señor, descanséis ahora.

REY. Me dá tanto en que pensar
el mal estado de Italia...

REINA. En su estado tiempo há
que yo me estoy ocupando
sin tregua, en mi confiad.

REY. Pues lo quiere vuestra Alteza
lo haré sin mas replicar;
y ya que vuestros cuidados
me conceden tanta paz,
daré por las galerías
mi paseo matinal...
si nuestro amigo don Pedro
su apoyo quiere prestar
á un enfermo...

CARD. Eso haré yo

- REY. con la mejor voluntad.
Pues sea. En tanto, Señora,
elegid un general
tan bizarro y entendido
que pueda contrarestar
en Italia ese torrente
de conquistas...
- REINA. Descuidad
en todo, Señor, tal vez
le tengo elegido ya.
- REY. No sea como el marino
que enviasteis á explorar
nuevos mundos hace un año...
y se quedó por allá.
- REINA. Aun el año no ha cumplido.
- REY. Qué!... Señora, ¿aun le esperais?
¡asómbrame vuestra fé!
- REINA. No me abandona jamás.
- REY. *(Retirándose apoyado en el brazo del Cardenal.)*
Dichosa vos!... sin embargo,
si lo quereis acertar,
os aconsejo que deis
á vuestro almirante audaz,
por sepultado hace tiempo
en los abismos del mar.

ESCENA III.

La REINA.

¿Es esto una acusacion?
si el mar se tragó las naves
de Colon... ¡oh Dios! tú sabes
que buena fué mi intencion.
Quiso, y le di proteccion,
mas no creyó mi deseo
que pudiera ser trofeo
del seno del mar profundo...
¡creí conquistar un mundo!
esto creí... ¡y esto creo!
No quiero, no! que el temor
me desaliente... ¡por qué
ha de vacilar mi fé

escogiendo lo peor ?
¿Quién sabe si vencedor
Colon navegando ya
hacia Castilla vendrá ?
Nada me admira ni espanta...
es la empresa buena, santa,
y Dios la protegerá !

Mas ¿cuál mi dolor seria
si con el nauta atrevido
Gonzalo hubiera partido
la suerte como queria ?
Lanzarse al mar pretendia,
y nególe mi temor
la venia... pero en rigor,
despues de bien meditado,
¡ay Dios!... habérsela dado
hubiera sido mejor.

Pasa una vida ignorada,
solitario noche y día
en su murada alquería
de la vega de Granada.
El!... cuya triunfante espada
llevó do quiera el espanto :
él!... de mis reinos encanto...
¿por qué se entristece así?
¿por qué se aleja de mí...
de mí!... que le admiro tanto!

¿Será que en su corazon
batalle cruel, violento,
algun tenaz sentimiento
que rechace su razon?
¿Si acaso la admiracion
que siempre le he tributado
cielos!... habrá interpretado...
¿Qué digo... no puede ser!
él es hombre de saber,
y es valiente, y es honrado!

Otro el origen será
de esa tristeza tan honda...
tristeza que ahuyentar debo
pronto...

ESCENA IV.

La REINA. BEATRIZ.

BEAT. Señora... Señora!

REINA. ¿Qué es ello, Beatriz?

BEAT. Os traigo nuevas, que puede absorta os dejen... he visto... ¡he visto...

REINA. ¿A quién, marquesa de Moya?

BEAT. A Gonzalo!

REINA. Qué!... ¿qué dices?

BEAT. ¿Gonzalo está en Barcelona?

BEAT. Ha llegado hace un momento, y hablando le dejó ahora en el salon con su Alteza y el gran cardenal Mendoza.

REINA. Pronto vendrá á saludaros...

REINA. ¡El buen Gonzalo de Córdoba!... á la verdad que parece

esto que me dices, cosa de encantamiento; ha un instante que pensaba en su persona juzgándole solitario en la vega encantadora de Granada... ciertamente que estas nuevas me alborozan. Y ¿por qué fortuna el cielo nos le envia?

BEAT. Han sido pocas las palabras que con él

he cambiado; mas con pronta diligencia vendrá á veros, y lo sabreis de su boca.

REINA. Con impaciencia le aguardo, pues razones de gran monta le obligarán á dejar su morada silenciosa.

BEAT. Sí... tal vez... pero oigo pasos...

REINA. El será! Déjame sola.

ESCENA V.

REINA. GONZALO.

REINA. Ya en la corte se os vé... pronto hará un año que de vos no daís cuenta, y saber quiero que es lo que ha sido...

GONZ. *(Doblando una rodilla y besando la mano que le tiende la Reina.)*

Permitid, Señora...

REINA. Llegad en muy buen hora... Dios guarde al ermitaño caballero.

¿A que azar ó ventura debemos que hoy rompais tan de repente el lazo que estrechó vuestra clausura? Hablad... hablad! porque saber pretendo...

GONZ. Ha dias que escribisteis angustiada á vuestro reverendo fray Hernando, arzobispo de Granada, una carta, Señora, y su lectura mi alma consternó. Supe que armado de homicida puñal un desdichado osó atentar á la gloriosa vida del Rey nuestro Señor, y á Barcelona sobre mi potro fiel suelta la brida, vine á velar por vuestra Real Persona.

REINA. Bien... Gonzalo, está bien... me lisonjeo de que nadie cual tú cumple las leyes de lealtad y de honor; más segun veo es fuerza que peligre de tus reyes no menos qué la vida

para que vengas á su antigua corte sobre tu potro fiel, suelta la brida.

GONZ. De allá... de mi lejano apartamiento ha seguido á mis reyes por do quiera mi fé, mi solitario pensamiento.

REINA. Tu pensamiento... si... pero ambiciona mi corte poseer del gran soldado á mas del pensamiento, la persona.

GONZ. ¿Vuestra corte, Señora, de Gonzalo se acuerda todavia? Yo la sigo desde lejos amante noche y dia...

y á Dios pido por ella... y la bendigo!
Y de lejos... por que?

REINA.

GONZ.

Porque mi estrella

lo manda así.

REINA.

Gonzalo... no comprendo:

lo manda, dices, ¿y el mandato de ella
se puede quebrantar?... Si! se quebranta,
pues en mi corte al fin, y de buen grado,
que fijas veo tu segura planta.

GONZ.

Señora, antes que todo, buen soldado
sabeis que siempre he sido.

REINA.

¿Conque vienes

como soldado aquí? ¿tu noble idea
creyó en esta ciudad de la discordia
hallar ardiendo la hominosa tea,
y al punto abandonando tu morada
acudes á mi lado

para esgrimir la penderosa espada?

Y bien? ya lo habrás visto? por do quiera
la paz vate sus palmas; Barcelona
á sus monarcas fiel, ama y venera.

¿Que pretendes hacer? Si esta jornada
como soldado hiciste... ¿á tu alquería
volverás de la vega de Granada?

GONZ.

Al campo volveré... porque, Señora,
no estan bien en la corte los soldados.

REINA.

Y ¿cuando partirás...

GONZ.

Dentro de un hora.

REINA.

Gonzalo!... hay un misterio
profundo en tus palabras y en la oscura
y solitaria vida á que te entregas,
que en vano... en vano el pensamiento mio
intenta penetrar... Esa clausura:
tu triste acento y ademán sombrío:
esas de sufrimiento hondas señales
que hora cruzan tú frente... me revelan
un oculto dolor, horrible, estremo...
dolor que ignoro yo... que á la vez temo
llegar á comprender!

GONZ.

Nunca, Señora,
por él nada temais!... jamás mi labio
pronunciará una queja... un ¡ay! que pueda
aflijiros, ni ser en vuestro agravio.

REINA.

¿Conque ese tu dolor... me agraviaría
si á quejarse llegara?...

- GONZ. No!... su queja
mejor dicho, de pena os llenaria.
- REINA. De pena!... ¿que profundo
arcano es ese que aclarar pretendo...
que va la mente con afan siguiendo...
que cuanto avanzo mas... mas me confundo!
¡Habla, Gonzalo, di! tu dolor rompa
la carcel de ese pecho generoso
de honor y de altivez digna morada.
La Reina de Castilla
que ignora y no comprende tu querella,
lo puede escuchar todo... entiendes?... todo!
¡su virtud y razon estan con ella!
¿Quien ha podido tus serenos dias
de ese modo turbar? ¿Quien les ha dado
silencio, soledad, nubes sombrías?
¿Que escondido pesar en su arrebató
ha lastimado el corazon valiente...
¡tú de mis reinos el mejor ornato...
¡cómo hoy te encuentro así... mustio, doliente?
¿Que fué de tu lozana gallardía...
de tu brava apostura, que en mi córte,
la del mas arrogante oscurecia?
tus nobles hechos y tus altas glorias
¿no abruman á la fama?... ¿De tus reyes
la justa admiracion no te ha seguido?
GONZ. ¡Ah Señora!... me estais atormentando...
REINA. ¡Habla, Gonzalo, ya! nunca mi oído
tú podras ofender... habla!... lo mando.
GONZ. Pues bien... os obedezco reverente;
mas si llena de duelo mi relato
vuestro gran corazon... tened presente
que obedezco, y no mas, vuestro mandato.
¿El grave origen de la vida oscura
que me veis arrastrar, quereis, Señora,
que mi labio os revele?... Solo ha sido
la noble admiracion, honesta y pura
con que me habeis honrado..
¡ella nubló mi frente... ella me aparta
para siempre tal vez de vuestro lado!
¿Lo que os digo os asombra? Ay! yo vivia
feliz en vuestra córte confiado
en mi claro blason, en la honra mia,
sin pensar que ninguno fuera osado
á murmurar con fementida lengua

del casto sentimiento que abrigaba
mi ardiente corazon... y ¡esto ha pasado!
Señora!... ¿Recordais la vez primera
que ante vos parecí? Oh! el labio mio
jamás podrá esplicaros lo que al veros
en el alma senti... sé que aquel dia
de varonil ardor, de aliento llena,
sobre un trono caduco, vacilante,
brillar os ví con magestad serena...
y fuerte, como yo os imaginaba,
os vi tambien tranquila, valerosa,
para asombro de pueblos y de reyes,
en medio del peligro que os cercaba,
á Castilla y Leon dictando leyes.
De vuestro corazon allí, Señora,
comprendí la magnífica grandeza,
y pensé y con razon que bastaria
á levantar su aliento poderoso
del polvo la española monarquía...
y mi espada, mis lanzas, mis ginetes...
cuanto hallé en el solar de mis mayores,
á los pies coloqué de vuestra Alteza,
como una ofrenda que al valor rendia
de vuestra soberana gentileza.
Despues... bien lo sabeis .. os he seguido
como la sombra al cuerpo: vos, Señora,
erais la clara estrella que alumbraba
mi carrera triunfal: el rayo ardiente
de vuestros puros ojos me abrasaba
en sed de gloria y lauros y trofeos
que á las gradas del trono os arrojaba.
Por vos ¡ay! he vencido en cien torneos,
y el primero asaltaba la muralla:
¡por vos mi palafren holló las huestes
del infiel en los campos de batalla!
Oh!... yo os amaba... yo!... con la ternura
de ese amor celestial, puro, infinito
que sienten los hermanos,
que brota allá en el fondo
del seno maternal... ¡amor bendito!
que á los cielos alegra... amor profundo
que no comprende en su torpeza el mundo!
El mundo de través miró mis hechos:
de través vió tambien vuestra clemencia
con el hombre leal que os adoraba

como imagen de Dios... y atropellando
de la hermosa verdad los santos fueros,
osó á nuestra opinion con su villana
y ponzoñosa lengua... ¡Mis pupilas
ardiendo en saña por do quier jiraron
buscando á quien herir... ¡empresa vana!
¡ilusorios fantasmas encontraron!
fantasmas que corrian
delante de mi acero...
que en siniestro rumor se convertian...
que en torno de mi oido
invisibles zumbaban... Y cansado
de luchar con fantasmas... convencido
de mi inutil afan, dispuse un dia
obrar como cumplia
á un hombre bien nacido.

Y dije en vuestro honor— «Pues que á mi Reina
mi atenta admiracion produce enojos,
no hablaran mas de su opinion en mengua:—
antes de verla cegaran mis ojos,
antes de hablarla morderé mi lengua.»—
Y pensando y obrando de este modo,
lejos de vos partí... mi juramento
hoy quebranto por vos... Lo sabeis todo.
¡Oh... Gonzalo... Gonzalo!... bien decias...
que me has hecho llorar!... pero este llanto
que del fondo de un alma immaculada
brotó en vivos raudales, es la ofrenda
que rindo á tu virtud acrisolada.
¡Bendito Dios que ha dado al reino mio
un hombre como tú! Deja... sí!... deja
que la calumnia vil torpe amenace
desgarrar nuestro honor... ¡saña impotente!
¡jamás lo alcanzará, yo te lo fio!
La matrona inmortal que con su planta
quebrantó la cabeza á la serpiente:
la que en los cielos mora: la alegría
de bienaventurados... la que enciende
con su mirada el sol... esa, Gonzalo
ve nuestras almas, nuestra fé comprende.
Yo acepto ese cariño sobrehumano
tranquila y muy feliz...

GONZ.

¡Oh Dios!... que escucho!...

REINA.

Pero se acerca el Rey... ¡dame tu mano!

ESCENA VI.

La REINA. El REY. GONZALO. El CARDENAL.

REINA. Señor!... he aqui el caudillo
que á Italia partirá.

REY. Me place mucho
vuestra eleccion, Señora, pues me ahugura
un término feliz... es la victoria
con tan buen capitan prenda segura.
Mas ya que os cuidais tanto de la gloria
de mi corona de Aragon, y nuevas
tan gratas hoy me dáis, á la vez mia
otras os quiero dar que, segun creo,
me habeis de agradecer.

REINA. ¡Nuevas!

REY. Señora...
de allá de Portugal con un correo
este pliego os envian...

REINA. Oh! sin duda
grandes nuevas serán, puesto que hallaron
tan noble portador en vuestra Alteza.

REY. ¡Tan grandes son... que hoy toca á mi derecho
ser de ellas portador... y de rodillas!
el pliego os presentar...

REINA. (*Obligando al Rey á que se incorpore.*)

Que desvario!...

Alzad!... ¿qué nuevas son!...

REY. Abrid!... sospecho
que lo mismo dirá que dice el mio.

REINA. (*Recorriendo el pliego.*)

Oh!... soberano Dios... ¡que ven mis ojos!

¡la firma es de Colon!... fecha en Lisboa!...

¡Verdad es lo que miro!...

¡Por fin halló la bendecida tierra...

y su mundo tambien!... Ay!... lo que encierra
de venturosa paz este suspiro!

¡Oh Colon inmortal!

(*Al Cardenal.*)

Que Barcelona
reciba á mi almirante

con la pompa y honor de real persona!
Públicas fiestas haya y regocijos:
mis tesoros gastad... ¡nada os importe!
y conduzca á Colon ante mi trono
el mejor caballero de mi corte.
Tú, Gonzalo, serás ¡tú solo ufano
la mano de Colon fuerte y gloriosa
puedes tocar con tu gloriosa mano!
(*Al Rey.*)

¡Venid, Señor, conmigo á la capilla,
á posternaros ante el Ser Eterno
que enriquece con mundos á Castilla!

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

Salon régio: á la derecha del espectador el trono. Al levantarse el telon se oyen salvas de artillería que no cesan hasta la conclusion del cuadro. Aparecen los reyes sentados en el trono: junto á las gradas de este el alférez mayor del reino empuña el pendon de Castilla: á derecha é izquierda del mismo, así como en toda la estension del costado izquierdo de la escena, damas, prelados, magnates y guerreros, que en dobladas filas sostienen las banderas y estandartes de Castilla y Aragon.

Una marcha real indica la llegada de COLON: los heraldos lo anuncian y se presenta conducido por GONZALO DE CORDOBA y seguido de siete indios, gentes de mar y guardias que cierran el fondo. El acompañamiento de COLON trae aves de colores, vistosas plumas, y en cofres de marfil, évano, caoba y oro, una muestra de las riquezas del Nuevo Mundo.

ESCENA ULTIMA.

La REINA. El REY. Doña BEATRIZ DE BOBADILLA. GONZALO. COLON, y todo el acompañamiento.

HERAL. (Desde adentro.)
¡El almirante!

OTRO. (Desde el foro.) El almirante!
(Salen Gonzalo y Colon: los reyes se incorporan: se despliegan las banderas y abaten los estandartes.)

Gonzalo lleva á Colon hasta los pies del trono: besan la mano á los reyes y vuelven á ocupar el centro de la escena, en cuyo momento cesa la marcha real.)

GONZ.

¡Oh reyes

de Aragon y Castilla! Como bueno
el mandato imperial de vuestras leyes
cumpló de honor y de ventura lleno.
De vuestra voluntad bajo el amparo,
mi diestra ha conducido reverente
hasta el trono español, al varon claro,
al héroe de los mares de Occidente:
al que de Alcides para siempre ha roto
la estrecha valla, y con saber profundo,
valiente arroja desde el mar remoto
á la corona de Castilla un mundo.
Mi seno ante su gloria conmovido,
alvorozado obedeció el mandato:

hora venia le dad, y que cumplido
de su viaje inmortal haga el relato.

REINA.

¡Habla Colon!... y que la corte mia
el triunfo admire que alcanzó tu mente:
habla Colon! que en tan supremo día
están mis reinos de tu voz pendiente.

¡Escuche la española monarquía
cuánto debe al espíritu ferviente,
del que supo vencer en su ardimiento
del mar las iras y el furor del viento!

COLON.

¡Monarcas españoles... soberanos
del India Occidental... géneos augustos!
ricas-hembras de encantos sobrehumanos:
varones de blason: prelados justos:
dignidades: sufridos castellanos:
hijos del Ebro y Llobregat robustos.....
á cuantos oyen la palabra mia,
¡salud el labio de Colon envía!

Oh!... no os admire si encontrais turbado
en tan solemnes horas y en presencia
de tanta pompa, al navegante osado
que arrojó de los mares la inclemencia:
hijo del ronco mar: no acostumbrado
al brillo y terrenal magnificencia,
sereno á las borrascas me abandono...
pero ¡me asombra el resplandor del trono!

Hubo un tiempo fatal en que el marino
habló de sus incógnitas regiones....

y fué de corte en corte peregrino
brindando con riquezas y blasones.
¡Cuántos años de afán!... mas su destino,
á despecho de sábias opiniones,
mostróle de Isabel la clara estrella,
y al mar salió bajo el influjo de ella.

Oid... oid... los que la rara historia
saber quereis de la primer jornada,
que para honor del castellano, y gloria
de su Reina inmortal dejó acabada:
mis discursos harán desde hoy notoria
la preza de la sin par tierra ignorada....
discursos que si hallais de gala ajenos....
verdad os juro que tendrán al menos!

En el nombre de Dios... y confiados
en su amparo y ayuda soberana,
asaltamos serenos los costados
de la *Pinta*, la *Niña* y *Capitana*.
La *Niña*... ¡gran bajel! Purificados
con debota oracion y fé cristiana,
de *Palos* á la vez fargando velas
salieron á la mar mis carabelas.

Era la aurora... trémula, indecisa
despuntaba su luz allá en las rocas
de la banda del Sud, y en faz sumisa
de sus brumas rasgó las blancas tocas
el Atlas colosal: fresca la brisa
á un largo nos llevó, y en horas pocas
gimiendo oí bajo la quilla esclavas
del Atlántico mar las ondas bravas.

¡Oh Dios!... tú entonces comprendistes solo
mi arrebatada, férvida alegría!

¡por fin llegó de caminar de un polo
al otro polo el suspirado día!

¡Libre por fin y sin baldon ni dolo
del grande Océano la estension corria....
y respiré feliz, de gozo enchido,
solo, en su augusta inmensidad perdido!

Y en ella quiso Dios probar mis nabes
y la fé de mis gentes no segura:
á la luz, á los céfiros suaves
sucedió el huracan, la noche oscura:
peligros abortó y angustias graves:
llenó sus almas de mortal pavora....
y al son del oleaje turbulento

tronó su voz y enrareciöse el viento.

Eran mis gentes por demas sencillas...
de la ciencia dudaron, y creyeron
que por mares sin límites ni orillas
navegaban... y al fin se revolieron:
tornar la prora hácia las dos Castillas
mas de una vez en su pavor quisieron....
pero yo en el timon puesta la mano
¡seguí mi rumbo por el grande Océano!

Una noche... que en pie sobre el castillo
del alta popa con afan velaba,
al lejano horizonte hiriome el brillo
de una luz que á una estrella semejaba:
fijé en ella mis ojos... y ¡me humillo
ante Dios!... era luz... luz que vagaba...
y... ¡tierra!! .. gritó al punto la voz mia...
y... ¡tierra vieron al romper el día!

¡Estaba allí la tierra... y habitada!
cubierta de verdor... resplandeciente
con sus galas de virgen, alumbrada
por el sol de los trópicos ardiente!
¡Oh, de Castilla, Reina venerada!
allí vuestro pendon flotó el ambiente
del indiano archipiélago profundo,
y allí la cruz del Redentor del mundo

Elevamos tambien!. . Reina y Señora
de una tierra sois ya cuyas montañas,
que el can abrasador activo dora,
ocultan plata y oro en sus entrañas:
aves pintadas hay de voz canora,
y allí teneis y tienen las Españas
á la orilla del mar para cogerlas,
en rocas de coral bancos de perlas.

A vos la rica, la sin par matrona
España debe tan feliz portento:
por vos Colon á la abrasada zona
llevó sus naves con seguro aliento:
sin joyas se quedó vuestra corona...
pero otras de mas brillo y valimiento
os traigo yo de la region extrema
para adornar vuestra imperial diadema.

¡Oh, Señora, aceptadlas... en albricias
esto os pido no mas!... esas riquezas
del indiano confin son las primicias
y pueden adornar regias cabezas.

(Los del acompañamiento de Colon colocan á los pies del trono los objetos que conducen.)

Mas mereceis... pero verá propicias
Colon galardonadas sus proezas,
si acogeis el presente de sus manos.

REY.

(Con arrebatado entusiasmo.)

¡Saludad á la Reina, castellanos!

REINA.

(Incorporándose.)

¡Oh... no!... primero á Dios! El ha velado
por mi reino infeliz... En la pendiente
de un abismo sin fondo hallé el Estado;
invoqué su favor... y de repente
á la pobre Castilla ha trasformado
en un imperio rico, floreciente.
El con su aliento la sacó del lodo...
¡á Dios... á Dios!... se lo debemos todo!

El de sus templos me ofreció la plata,
y animó nuestro brazo y fe sencilla:
El destruyó la muchedumbre ingrata
de los hijos de Agar... y en Colon brilla:
por El hoy nuestro imperio se dilata,
y eterno el sol alumbrará á Castilla..
nuevos mundos nos dá, ricas preseas...
(Cayendo de rodillas, los demas hacen lo mismo.)
¡Oh... supremo Señor!... ¡bendito seas!

Desde esa tu mansion de eterna vida,
de ardiente gloria y de vapor cubierto,
la ofrenda vé de un alma agradecida
en estas dulces lágrimas que vierto.
Oh!... cuando llegue mi final partida
y allá descanse en el sepulcro yerto,
ten en mi patria ¡oh Dios! los ojos fijos...

¡Vela Señor, por mis augustos hijos!

(Oyese á lo lejos el coro de la Real capilla que entona el TE DEUM. Y cae lentamente el telon.)

FIN DEL DRAMA.